

EL SILABARIO PERDIDO



RODRIGO VALENCIA Q

Rodrigo Valencia Q
EL SILABARIO PERDIDO
(Diario de un desconocido)

**RODRIGO VALENCIA Q
EL SILABARIO PERDIDO
(DIARIO DE UN DESCONOCIDO)**

Carátula: “El ángel olvidado”
Óleo de Rodrigo Valencia Q.

Diagramación: Rodrigo Valencia Q.

Revisión de estilo: Donaldo Mendoza

Ilustraciones interiores: Rodrigo Valencia Q.
Técnica: bolígrafo sobre hojas de cuaderno

D.R. © Rodrigo Valencia Q., 2012
Registrado: 12-Mar-2004
Dirección Nacional del Derecho de Autor
Libro 10 - Tomo113 - Partida 93
No. Radicación 2-2004-2328

Yo no soy un filósofo sino un santo, quizás un loco.

BATAILLE

El prólogo comienza cuando terminen las palabras.

I
LA BRUMA

II
LOS SUEÑOS QUE SOÑABA

III
EL ÁNGEL OLVIDADO

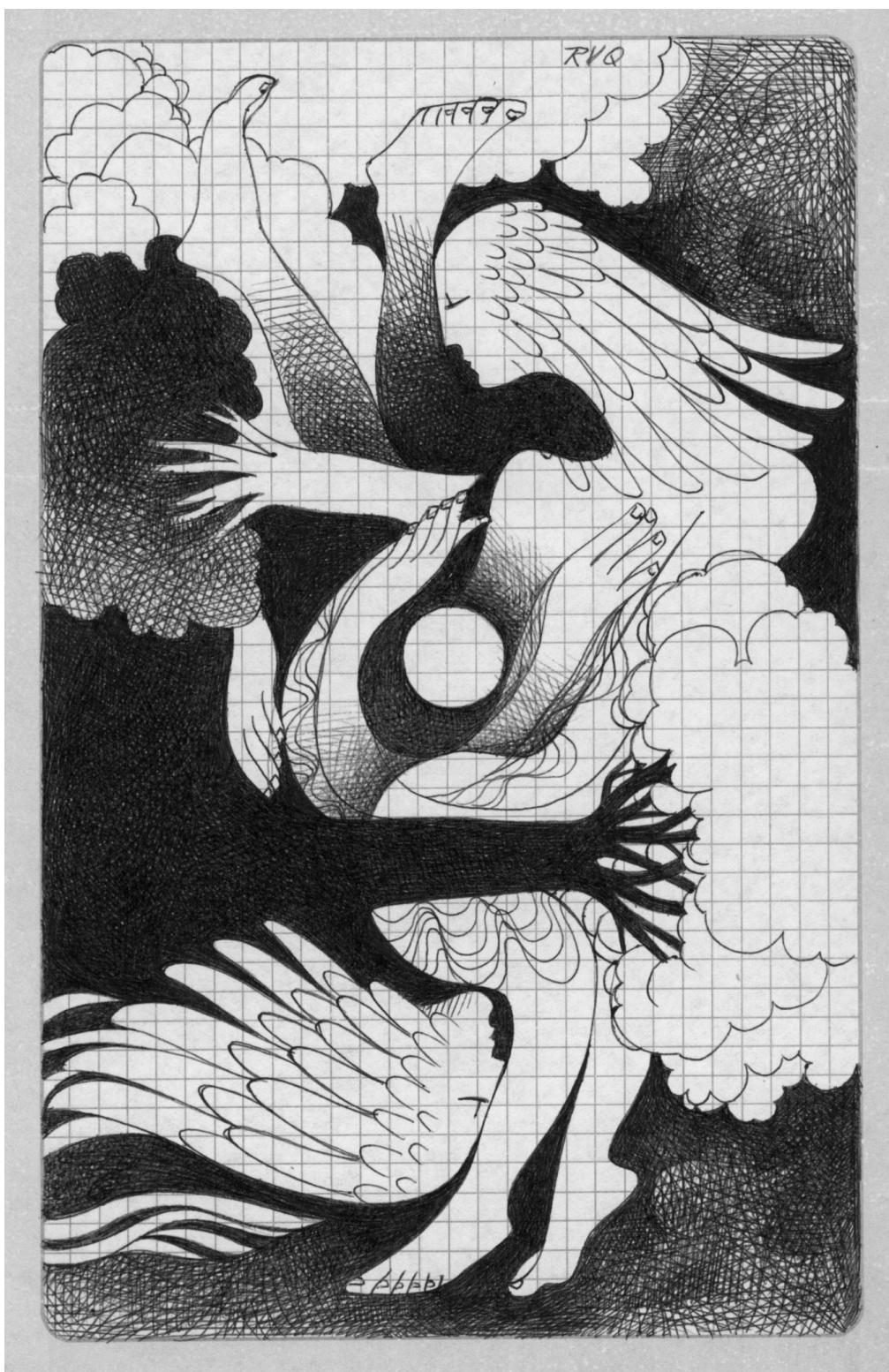
IV
EL MONJE LOCO

V
EL DESVELO DE LA RAZÓN

VI
EPÍLOGO

I

LA BRUMA



Veo el silencio de las luces...

1- Yo era un eco en un desierto mudo. Solamente hablaba conmigo mismo en lo profundo de la noche. Solitario, entre las ropas del silencio. Ahora escribo soliloquios por si tengo ideas de mi destino. Así podré conservar una memoria de mis dudas, de mis pasos en el laberinto... Y si algún día abriera la cárcel de mi pequeño mundo, entendería que podré devolverle al viento lo que me ha dado, para que respire el olor de mis errores y pactos escondidos.

2- A veces prefiero aclarar, lo que muchas veces es sinónimo de confundir. Yo entiendo bastante mi confusión, pero también descubro algo de mi claridad. Y en ocasiones las dos se abrazan en un momento privilegiado. Es preciso mirar desde adentro, para encontrar que las cosas están mal contadas, al contrario de como debieran ser.

3- Es bueno no encontrarse entre las certidumbres. Las impotencias y obstáculos se convierten en flores del espíritu, que brotan aunque sea por un segundo, y esparcen semillas para otras más.

4- Si estoy equivocado, ya no me importan mucho los errores. Son errores que divierten, que cambian gestos de la noche por pequeños abrazos iluminados. Suave peso de los sueños... sin esa realidad que ahoga la paciencia y aburre extrovertida entre tumultos bien pagados, bien acreditados, coronados por las pompas que administran los convenios de los hombres.

5- Vinieron huestes negras. Sus armas y proyectos formaron ejércitos lacrimosos y de súplica adorante. Mi soledad se quedó a un lado del camino; fue borrando, uno a uno, el paso de aquella procesión. Mas siempre es así; siempre puede suceder lo que no viene de raíces hondas; siempre el disparo de una bien asegurada fiesta de tinieblas. El sol brilla para todos, mas no para singulares brotes de auténtica audacia y soledad.

6- No he podido asegurar cómo saber que se sabe; siempre está el iris de pupilas blancas; los saberes se cubren, uno a uno, con el polvo de senderos de inútil recorrido, con el aplazamiento de las dudas. Siempre después, mas no ahora.

7- El héroe de sí mismo es un hombre derrotado; alcanzado continuamente por su tiempo malo, por sus nubes tempestuosas, por su guerra de silencios. Sólo tiene un nombre para los demás: cobarde. El miedo lo acompaña siempre, escapando de continuo hasta las orillas de su paz. Su brizna de conciencia se marchita a su nacer, y su morir es infinito. ¿En dónde alcanzará su estrella solitaria? ¿Dónde pisar en tierra firme? No hay cimientos

firmes en la tierra de sus sueños, los picos negros, tenebrosos de sus aves, abren continuamente sus heridas. Sus dolores gritan en silencio, el anhelo de sus días se prolonga hasta nunca.

8- Rasgar una luz en medio de la sombra. Despacio, con paciencia, con deseo. Ver un árbol alargando sus ramas después de la torpeza de trágicos andares. Sentir, de pronto, que la luz se viste con el sonido de los éxtasis perdidos. Todo alcanza para nada, todo acaba en el umbral de los deseos... el sueño imaginario.

9- A veces se abre una flor, muestra sus colores al respiro de un segundo. Queda la memoria en su intimidad, el cofre de la nada. El parpadear emancipa un sí efímero, que los labios murmuran en silencio. Silencio inexistente, silencio de un fulgor que ya no es, silencio que nunca será.

10- Esas gotas de sangre en el sudario... esas almas desvirtuadas... Quedan sueños de utopías... Las sirenas escuchan el canto de su locura.

11- La procesión de los segundos, el desfile de las horas, el séquito de los días, su tic tac de relojes que nunca dañan sus máquinas eternas... ¿Corren aguas siempre nuevas? ¿Para qué toda esta novedad de aconteceres si nunca cambia nada? Cambia nuestra piel en la lentitud de su morir, pero el rostro interno siempre se ha quedado atrás; lejos, igual, en su propia desventura.

12- Mis ojos se han cansado para siempre. Han opacado su magia los destinos repetidos; el optimismo no es pulcro, verosímil. Ver retazos de un tiempo inmóvil acaba con toda la cordura. Se abren sus hilos vulnerables, rasgan la elegancia; quedan únicamente los deseos de infinitud, las historias no contadas nunca, el prólogo de sus misterios. Mis ojos se han cansado del vicio repetido de las cosas.

13- Pétalos de flor, caed uno a uno, una y otra vez. Abandonad mis nieblas, mis sombras; sacudid al viento vuestras vidas luminosas, pero dejadme, aunque sea, la sombra de los sueños. Reuniré el recuerdo en el fondo de mi cuenco vacío, recogeré el silabario perdido entre las ruinas del sendero, aunaré las voces que vagan en la noche... y tal vez se aparten, hasta siempre, mis lámparas oscuras.

14- Siempre veo que no sé esperar más. Un féretro vacío, un paisaje sin imagen, un silencio duro... Mi esperanza no es más que una mentira; y todas mis mentiras son pasivas, calladas, atemorizadas. Cubro mi rostro como teatro engañador, de toda esta civilizada apariencia.

15- Esas cosas fugaces producen, sin embargo, recuerdos prolongados,

aquietados, imágenes en no sé qué lugar de la memoria; con su mundo irreal, lejano, perplejo, imposible, incomprensible. Retazos de tiempos, espejos del pasado, fantasmas de hechos muertos; y esas canciones que se oyen y no se olvidan más...

16- Todos quieren cantar el himno de la libertad. Nunca será real. Vago deseo, burlará su idilio libertario; su cándido deseo huirá más allá del tiempo que nunca llegará. El himno de la libertad no es más que una mentira entre cuencos de limosna vacíos...

17- Olas de inconstante magnitud, emblemas de designios oscuros... vuestro corazón pesa. Si presencio vuestro escondite, después lavo mi rostro, me hundo en mi pasión.

18- Hace mucho, tanto tiempo, cerré puertas y ventanas al mundo real. Existían anhelos secretos; me atraían con sus signos, me tocaban furtivos aires etéreos. Poco a poco mis desiertos quedaron bajo el viento de olvidos irresistibles. Ahora encuentro cerradas las moradas de mi mundo antiguo, y mi locura es una fuerza como nubes roncadas entre un cielo fatuo.

19- Hay un presente que no conozco. Se escurre de mis manos; mi cuerpo anda lejos de su sombra. Volátil, rostro ambiguo, brillo de textura opaca; ausencia en la presencia, certeza de la duda...

20- Conozco el mundo del deseo y sé que el deseo es mi mayor deseo. El anhelo de apretujar ese enigma de perfil incierto... Pero las mentiras se resbalan por mi cuerpo, escupen mi inocencia, entreabren caminitos prohibidos a los puros, y me ocultan mi rostro verdadero.

21- Luna bella, luna hermosa, tu rostro del enigma se ha metido entre mis cejas; pero tus oráculos de plata reflejan sólo un silencio parecido a la sutil atracción de la mentira. Luna bella, luna hermosa, aún he de seguir el filo de tus dudas.

22- Las mañanas son inocentes; es difícil sostener su blancura en medio de mis dudas. El aire se eclipsa en medio del silencio, y olvido las delicias que se fueron hace un rato, como aves espantadas.

23- Algún día reuniré los esfuerzos solitarios, abriré los sentidos escondidos, defenderé los sueños olvidados, estaré dispuesto al lenguaje de los ángeles. Hoy no he sido un sembrador. Hoy he enterrado, solamente, el vacío estéril de todas mis miradas.

24- Hoy he abierto algunas flores. Me mostraron el camino curvo de

sus formas, el color puro de sus sedas. Es mejor el lenguaje de las flores a todo el festín confundido de este mundo.

25- Cuando el espejo de la sombras quiebre su luna y el estallido de sus poros se rasgue con su espectro, tendré ráfagas de alas y serán las estrellas mi polvo del espacio. Seré la medida de mi altura; entraré en mi propio nido, y sabré de dioses y de glorias. Los dioses serán mi cuna y mi sepulcro.

26- Yo busco ese mundo, esa estancia peligrosa para el anonadamiento. Ese mundo no abre sus ojos a este mundo. En ese mundo habitan todos mis otros mundos.

27- El hombre, esa unidad intensamente extraña, bebe sus milagros escondiéndose de su propia hondura. Late su corazón en la distancia, más allá de sí mismo, y sólo cáscaras guarda en su matriz de tiempo eterno. Recoge la muerte de sus pasos; solamente vive de su propia muerte... ser de ignotas dimensiones...

28- Yo bebo los sorbos de mi risa en un panteón secreto. No exhibe una fachada grande ni puertas que se vean a la distancia. Acercarse a sus confines es el toque mágico de la entrada. Hay rincones de quimeras pero no llenan el aire con sus sombras. Se quedan esperando casi siempre a que venga el polvo de la luz... y el rumor de sus palabras es un pálido sonido; parece sin eco ni grandeza.

29- Frecuento el camino de los solitarios que andan dentro de su cueva. Ojos, oídos, no atisban otra cosa que su íntima estancia. De las profundidades de su oscuro nicho nacen formas que agonizan en los valles de afuera. No debo abandonar esta morada.

30- El verbo de los hombres tiene fuerzas en cadena que originan sueños en sus almas; los arrastra hasta su polvo y les da a beber el sorbo repetido de un mar sin forma, amargo como el tiempo de las parcas.

31- Las debilidades de mi alma constituyen mi única grandeza. Sin ellas no sería nada; tendría por mirada mi propia sombra, de enormes proporciones: firme, convincente, intrusa, mediocre.

32- Cada día huyo más de toda esa carga de civiles radiantes, enredados en sus ceras deleznales. Marchan cual batallas invencibles, pero su seguridad no será eterna, sus triunfos serán derrotas. Entregarme a sus marcos de fe acaba, opaca mi frágil visión de la profundidad, me cubre el rostro de cenizas.

33- Siempre que me acuerdo de las estrellas apagadas, subo a velar por una lumbre, fuego recogido con trabajo entre humos solitarios. Las cenizas las recubro de tanto en tanto; exprimo el tiempo de regreso, y entonces sus luces volverán conmigo. No soy nadie, no sé por qué se apagan esos astros, pero sé cómo iluminarlos poco a poco. Espero no olvidarlos más; prometo guardia luminosa.

34- Quieran los ángeles devolverme esa canción olvidada. Esas notas se gastaron con la caída del tiempo en su matriz de fondo interminable. Los peces bebieron sus sonidos, acabaron el rastro de sus notas. Poemas borrosos y extraños del sereno, se quedaron murmurando su recuerdo de otro siglo; ya no tienen la fuerza ni su original belleza. Una melodía se ha vuelto ronca de sonar vacía.

35- Ahora estoy aquí, esperando el néctar del silencio, los lenguajes ignorados. Ahora estoy aquí, esperando el espectro de la luz, sus sellos aquietados. Ahora estoy aquí, la sonrisa esperando únicamente su presente.

36- El templo que yo venero se levanta con piel de hombre, espacios de profundidad inquisitiva, imágenes vivas de la vida, esperanzas posibles, oraciones sin palabras, sacramentos escondidos, y dioses que caminan con nosotros.

37- Hay abismos de palabras, toda una sabiduría vacía. Rostro alegre, mirada segura, equilibrio, asoman su milagro. Cercanía de la textura obvia; pero el fondo del deseo no colma su íntimo deseo. Mirada débil, inocente, atrevida en su inocencia, inocente en su ignorancia.

38- Vinieron filósofos, vinieron sabios; vinieron hombres importantes y contaron historias; vinieron con metáforas, palabras brillantes... pero yo quería oír otra historia. Mis cuentos están lejos de las muchedumbres, con sus tonos lejanos; más allá de la bulla civilizada, y mucho más acá de nosotros mismos.

39- Yo habito debajo de la tierra. Las ciudades me asfixian con todo su cubo encarcelado de glorias construidas, con sus celdas señaladas, torres de Babel tejidas en su propia muerte. Debajo de la tierra, la negrura es inmensa como el cosmos; y el fondo de sus mundos es una matriz de magia poderosa.

40- Tengo el miedo al filo de mis anhelos; el alma, en su cubil de vino agrio; y la tierra modela vetas grises. Pesa la esperanza de borrarlas, el aire se vuelve irrespirable. Cuervos tejen un cielo de agujeros negros, las pocas luces se esconden en un lugar lejano. Puede que aparezca una mano poderosa.

41- Tal vez podamos ir allá, a recoger esos sonidos perdidos, y guardarlos en un cofrecito adornado con la imagen de los sueños.

42- Alguna llave hay en medio del orco de tinieblas. Algún secreto a mi favor irá rasgando, poco a poco, los cerrojos de la oscuridad. Alguna llave está oxidada, perdida entre los pliegues de las vestiduras, entre las almohadas desveladas.

43- Se comienza un intento, se penetra un secreto, y el mundo se estrella contra ello. Una vanidad sin límites rodea la superficie de las cosas; actos y creencias modelan alcances mediocres.

44- Una nube es siempre nube: se mira alta y segura, pero no se toca nunca. Al girar los ojos, ya se ha ido con su forma.

45- Yo entiendo poco de mis mundos. Los he buscado abriendo agujeros en el cielo y en la tierra. Jeroglíficos patéticos, dilemas que enmudecen como arcanos. La humildad de los misterios no aflora a la prepotencia cultivada continuamente por los hombres.

46- Hombres: seres de nubes, de soles y de noches. Las nubes cavilan la caída de los cielos; los soles persiguen a las noches; las noches son cansancios de los días. Quiero estar sólo en mi recinto; sin nubes, ni soles, y sin noches.

47- Quiero terminar la vida antes de que empiecen las ruinas del corazón. Inevitables decadencias corrompen las gradas del silencio. Pobres de nosotros, si hemos de cosechar senilidades que se apagan.

48- Tú eres un pesimista, me dijeron mis amigos. Me vieron siempre solo, buscando una esquina que se aleja siempre más; y cada uno de mis pasos los cerraba la nada. Todas las esquinas me parecen fútiles fachadas de mentiras.

49- Lucho con mi enfermedad; subo a un cielo de acertijos hondos, nadie sabe de mi lucha. Poco importa que alguien vea el resto de mis brumas.

50- La contradicción de mis palabras es inevitable. Yo sólo escucho la confusión de mis nudos manchados por el tiempo, y voy descubriendo luces que son extrañas entre paradojas. Si los demás las vieran, sabrían que mis sombras no son más que luces enamoradas de una luz más grande.

51- El día acaba en una pregunta que se escapa del imposible lugar sin

fondo de las cosas. Allí, ni un sí, ni un no; sólo el presagio mudo de un comienzo sordo.

52- Allá estaba el arca. Un viento arreciaba fuerte, la luna se empañaba con la noche, el viejo Noé estaba al frente de su destino. Sacaba mi cabeza de las aguas, lo único salvífico era el poder encerrado en ese cofre de milagros. El agua me hundió inevitablemente, bajo el peso innombrable de muertes que sepultaban la fuerza de mi nado.

53- Estoy encerrado en un cuadro pintado por un artista loco. No puedo salirme de su marco, en la quietud de una imagen que limita la sangre de mi vida, mutila los espectros de mi libertad, y me dice: “No te puedes ir, hasta que yo le diga al viento que sople milagros en tu mundo”.

54- Vino un ángel y amarró todo mi ser con cuerdas anudadas, difíciles o imposibles de soltar. “El día que crezcan alas en tus lazos, serás la libertad”, me dijo. “¿Y cuándo será eso?”, le pregunté. El agitó sus alas, cegando mi vista con una claridad irresistible, enredando entre mis nudos un poder oscuro, nacido de la impotencia de mi vista a su resplandor. Ahora, a veces ni siquiera distingo mis cárceles, el horizonte de mi vista se alza sin encontrar mi propio suelo.

55- ¿Qué le puede suceder a una conciencia que se pierde para el mundo, anudando sus ojos de vidente a todos los parajes escapados del tiempo? ¿Qué le puede esperar a un buscador de ceremonias ocultas al espacio de la carne? ¿Qué debe encontrar la flecha disparada a lo innombrable, en un viaje de desconocidos mapas? ¿Qué pulcritudes y decencias pueden usurpar el sagrado lugar de mis deseos? ¿Dónde y con quien podría habitar, entonces, la fuerza de mi sol? ¿Más allá de lo imposible, más acá de lo nefasto?

56- Si mis cadenas no fueran lucecitas que abren un pequeño mundo en medio del cadáver de mi reino, mis preguntas ni siquiera las hubiera comenzado a proponer. Mi reino tendría la luz de los ciegos que creen ver con su vacío.

57- ¿Mis pasos se extraviaron por un atajo inexplicable? ¿Mis brumas resultan extrañas vías para el desencanto? Ordalías secretas, senderos escondidos, ojos y oídos nuevos... Un ave solitaria en el desierto... Los pasos en medio de las sombras del mendigo loco me atraen más que los designios de las multitudes.

58- Árboles gigantes, animales fieros, interminables miedos, guerras en el alma, leyes crudas, contracciones de la nada... Rectángulos muertos de cemento enjaulados en su propia ley, calles abarrotadas de rostros sin nombre,

silencios que gritan su impotencia... Selvas de una ciudad en el circo de la plaza pública.

59- Escuchar la cara oculta de la noche; oír las voces de la oscuridad, el espejo de la leyenda; abrir la puerta de la fantasía, esperar sus alas llenas de ojos, minúsculas mariposas de luz angélica... Vienen entonces los sueños que despiertan... huyen las mentiras que nacen del afuera...

60- Un féretro aparece en el vacío, la noche apaga el día, el día amanece húmedo en medio de la incertidumbre... Las pequeñas impresiones, enigmas, estigmas de la voluntad, caricias de mutismo inútil. Pasan las horas, pasan los días... Pasan palabras, pasan silencios... Pasan almas preguntando el día.

61- El sortilegio busca mi sombra. Mi sombra no tiene nombre; se cierne en un espacio indefinido... El contorno de sus nombres y el difuso color de su vacío es letargo umbrío...

62- Yo he ido hasta lo posible; yo he crecido en lo imposible; las voces me han guiado, me han mostrado tumbas y desvelos, lugares sin razón ni lumbres conocidas, tiempos muertos, escombros sin remedio. Las paradojas desahogan, pueden levantar mundos en medio de las ruinas. Los ojos siguen buscando un lugar de lugares.

63- Hay caminos que son como milagros. Hay milagros que nunca los sabemos. Hay nuncas que siempre están presentes. Hay presentes que nunca están presentes, y nunca sabemos que son como milagros.

64- El día de ayer ha sido como hoy. Hoy he recordado los caminos del ayer, y he visto que los días pasan como sombras, únicamente para hacerse cada día más sombras. Yo voy a recoger las basuras de los días, algún día que no haya cantos oscuros en las calles.

65- Yo exprimo a veces una nube de silencios. ¿Cuándo volverán a oírse los sonidos del silencio? ¿Cuándo volverán los caminos sin camino, las voces sin regreso, los ojos que brillan en la noche, los astros apacibles y su música de las esferas, las palabras de los sabios olvidados? Hay una canción del corazón que nace entre las sábanas... Hay una voz en la distancia que acompaña los amaneceres... Hay una noche luminosa con amigas de otro mundo... Hay otro mundo que no te exige absolutamente nada...

66- ¿Qué importa este teatro de indigencias, si en el fondo se comprende la visión de lo innombrable? La guerra de los dioses pequeños no se acaba nunca; la sangre se purifica, se renueva en una fuente oculta.

67- El árbol de la vida no ha crecido más. En medio de sus ramas puedo perforar vacíos, cuando los rotos de sus nadas acusan una llamada extraña.

68- Corazón, eres la flor que busco a través de los enigmas. El dibujo de tu rostro todavía no es muy cierto, pero prefiero aguardar el nacimiento furtivo de un encuentro, al hallazgo fácil y sin fondo de una pradera sembrada sin amor ni luchas estelares. Corazón, te espero en la oquedad inmensa de mi lago oscuro.

69- Tengo la sed ambigua de las cosas que se tocan sin el cuerpo, de las albas de otras latitudes. A veces, la caricia de mis profecías más oscuras.

70- Siempre se puede esperar más; pero, como los días y las noches, los brotes de una nueva espera nacen y mueren continuamente; muchos, más allá de lo esperado.

71- Las cosas buscan su comienzo y su final. Aún no he encontrado un origen ni mi epílogo crepuscular. Interminablemente prados áridos, flores muertas. ¿En dónde la sustancia, el destino cristalino de las cosas? El fondo del espejo alumbra sombras todavía encogidas; las siluetas se mueven pesadas en arenas movedizas, alzan las manos, imploran las miradas de los númenes perdidos, gimen con una voz no oída en los confines de la tierra.

72- La sangre tiene una fuente impura. El paisaje bárbaro de la sangre... en mi capucha de monje abandonado. Me alejo de mí mismo en mi propio encuentro; y a veces ni siquiera quiero encontrar la gruta de mi ser. Una enfermedad mortal hay en el seno de la sangre; su conciencia dolorosa ha perdido su inmersión en lo profundo.

73- Yo soy antihistórico, antitiempo, anticultórico, anti-todo. Crezco escondido entre columnas de un templo solitario. Me escondo del mundo, abrigo esperanzas prohibidas, oficio en un jardín de musgos de otro tiempo, alucinado por mi falta de nombre entre los días. Sólo quiero la intemporalidad del éter brillando entre mi frente; quizás los éxtasis de San Anselmo, las manos vacías de los locos.

74- Vivimos en la noche, y allí todo lo podemos imaginar, todo lo podemos creer cierto. Un vano despliegue de creencias se parece a la sombra de un cuerpo que nunca vemos. ¿Son reales esas sombras, vienen de esa nube vaporosa de certezas? Soplad, y a lo mejor os quedáis sin el polvillo y sin las certidumbres.

75- La realidad me parece un decreto ingenuo. Prefiero las figuras



El árbol de la vida no ha crecido más...

vaporosas, emergentes, de los sueños. En la interioridad rasgada la verdad es mentira para todos, y los sueños son más posibles que la fiesta de los locos.

76- El mundo me parece un desierto muy poblado. Sus gentes se entretienen con sus tiendas, fetiches fabricados por sueños atrofiados antes de nacer el día. A la noche, el basurero de deidades; pero los fantasmas no conocen su suerte aprisionada.

77- Se asoma uno a esa inmensidad... Brillo, instante, saber umbral, palabra sin su marca, visión sin forma, toque vacío, presencia muda. El adentro se desborda en el afuera, el afuera está allá dentro...

78- A veces oigo mis secretos; a veces descubro mis oídos; a veces veo mis ojos desde atrás; a veces los misterios no son eternos; a veces doblo el borde del enigma; a veces me hundo en esa luz sin forma...

79- “¿Cómo así?”, me dijo el ave errabunda. “Tú me quieres de otra forma, tú deseas el rostro que me engaña, me sueñas cuando yo no estoy, me niegas cuando vengo a tu ventana. Abre bien tus ojos, no sea que te pierdas en el fondo del error”, me dijo un día el ave errabunda.

80- Un recuerdo se torna humo vaporoso; acaecen los enigmas de un tiempo diluido, trasfondo oscuro de los hechos sin regreso. Manojos de momentos velados por el juego del destino; ineluctable sino, el enigma desespera, acecha la inmensidad eterna... Queda el diamante quebrado por el rojo de la sangre.

81- Hay un frío que se toca con el alma; hay un vacío lleno de penumbras; hay un dolor que se vuelve mudo; hay un deseo que nunca se detiene; hay una enfermedad que parece eterna; una melodía de sonidos perdidos; una montaña de preguntas sin respuestas; una vida sin la fuerza de lo cierto...

82- Una tarde cualquiera... quisiera apagar la sed que alumbra gritos ciegos. Quisiera epilogar el único pecado que me falta: la muerte de la vida.

83- Un día puede suceder que las cosas dejen de ser los sueños, pueden ensombrarse para siempre las playas de toda certidumbre.

84- Los árboles suben a los cielos, los cielos ascienden cada vez más alto. Yo no creo que mi vida eleve sus caprichos: es pesada, como la pesadilla de los ángeles caídos.

85- El agua se seca en el estanque, y de pronto vuelve a brotar. Vienen

heraldos en burbujas de oro.

86- Un delirio momentáneo, una luz perfora la desolación. Una nube se queda muda, estupefacta; los ojos atestiguan una certidumbre. Después, quizá, la inercia con su salmo oscuro, letanías y pésames interminables.

87- El nombre de los fantasmas se quedó mudo, encerrado en su urna oscura; la música de Pandora no tuvo ecos ni gracia en la mañana.

88- No me gusta adorar los dioses que aún no han sido. Es el canto no escuchado, es el paso no andado nunca. Deja que un sol se levante ahora en la laguna.

89- Deslizo mis palabras sobre mi mudez. Mis palabras desconocidas me defienden de todo mi mutismo eterno.

90- El amor se parece a un extranjero; no entiende el lenguaje que tenemos a la mano. Su luna es otra; su sol está escondido, está en eclipse. El amor se parece a un extranjero; lo agrió la muerte con su alma de la nada.

91- Hay una cosa insólita en la vida: es la falta de conciencia de la luz; sus átomos copulan en un rincón abandonado. Yo he visto el sueño de la luz, cada vez que un astro me arrastra subiendo por la nieve, hasta el centro de la rosa mística.

92- Una puerta gira. Resplandor perfumado, velos en el lugar de los olvidos. Es posible recordar, a media noche, el comienzo de los tiempos, sorbiendo gota a gota los instantes que se lavan en el éter.

93- Un rastro, un murmullo, una llamada, cascada, aguas de silencio. El susurro de flores abiertas en el viento y de hojas alucinadas, infinitud de un instante que se alarga indefinido. La palabra se oye con su magia dúctil.

94- El camino del silencio lo oculta la hojarasca. Lo oculta, lo repudia, lo sobrecoge con ruidos de montaña afilada por el frío. Las pisadas del silencio aún esperan...

95- Éter, vapor angélico, ápice final del tiempo, paradigma ultrasimbólico, serenatas de arpas en la noche, hechizos-lunas en un cielo arcaico... Éter, vapor angélico, túnicas dobladas en el sol...

96- Cuatro horas no me alcanzan para borrar los sueños entre mis rendijas de este tiempo. Cuatro horas nunca estarán dispuestas al desvelo del alfabeto inconcebible de los mundos. Cuatro horas no me alcanzan para nada;

y, quizás, el resto de las horas tampoco puedan ser mis aliadas en la red de lo imposible.

97- Entre vapores subliminales, entre las penumbras de un mundo perdido, más allá del tiempo; entre el recuerdo luminoso de retazos recobrados, allí quiero estar con mi secreto.

98- Las razones se desmayan; pasan brillos espectrales, sonrisas en el éter, voces de una vidente desconocida, palabras de un arcano desvelado por la lluvia... ¡Qué fatalidad, estoy entre sus brazos!

99- Eso creo yo, aunque es posible que no sea. Pregunto por el sol, pero yo habito en mi región lunar. Ni profeta, ni hombre de los cielos. Me hundo solo en el oráculo, camino entre manchas de un papiro loco. Mis pisadas ensucian el camino, mis manos acarician el vacío.

100- Ellos escucharon las parodias que apretujan palabras de Dios, quebraron sus miradas de cenizas, hundieron sus almas en el hielo. Convencieron a sus gentes desprevenidas y dijeron: "Aquí es", pero no. El oscuro paisaje de la noche se sentó en un trono sagrado...

101- Caminantes del desierto, caballeros del sepulcro, ángeles de hierro: idos con vuestras naderías; no quiero leer vuestro grimorio. Mi paraíso es solitario, pero no es vuestro desierto.

102- Surgen gorgonas multicéfalas, quebrantan mis ojos fastidiados, se yerguen mis vapores del tedio... Cae el telón; aparecen mis máscaras inicuas, apretujan memorias perdidas... despierto de mi estupidez.

103- Mi interior se ha ido ahora; siempre se ha querido ir. No encuentro ahora su silencio sagrado, solitario, luminoso. En mi último eco hay una silla vacía; vacía de sentido, vacía de todo; no puedo atreverme a llenar ese lugar. La oquedad crece sin destellos...

104- Nunca hay un porqué. La ignorancia es un mástil desolado. Miles de aves vuelan enredando tempestades en sus ramas descarnadas... Una bruja teje las palabras que el viento esparce entre las tumbas, confundiendo la razón en el fondo de su lago oscuro.

105- Odio cantar canciones del invierno; sus gotas de agua fría lavan mis verdades. El invierno busca un caminante de la niebla... moja los silencios... espanta los duendes de mi estepa.

106- Tiempos hechizantes de prodigios... descubren la ceguera de los

días... desteejen vanidades e ilusiones. Déjalas ir, partiendo con todos sus favores, perdiendo sus músicas prestadas...

107- Árbol de la ciencia, sus ramas se ciñen a mi cuerpo. La caricia de Eva, velo de terciopelo, lugar de comienzos y finales... no maduran nunca. Mi árbol me incubaba entre su sombra. Atrás, la luna se ha quedado muda.

108- Cada vez que toca mi memoria, desvela verbos escondidos, me regala un abrazo de otras latitudes, me lleva al umbral de los comienzos... Un eco resuena lejos, en el cielo hondo.

109- Soy un mar oscuro y profundo; no conozco sus orillas ni sus olas más cercanas. El vaivén de mis mareas se agita y confunde cada vez que me ausento de mí mismo. Cómo me pierdo de mí mismo, franqueando puertas de sutil espectro, es algo que nunca logro entender. El desvarío rompe mi unidad, me sumerge en los fantasmas despiertos del mundo cotidiano.

110- Veo el silencio de las luces, oigo el color de los silencios. Ante mí están el sol de mis encuentros con la noche, la vida muerta de las cosas, el perfil sin forma del misterio. Ando en busca de las hojas que caen desde las nubes a los árboles de abajo, para coleccionar la música de los sordos a este mundo y las voces mudas de los ángeles. Seguramente volverán desde anteayer, cuando germinen los futuros del recuerdo y se escapen de su libertad, hasta la prisión de mis ensueños.

111- Sí y no; vemos las cosas; las urdimbres se desatan, se unen en su intimidad, nos dicen lo que no quisiéramos, lo que no conviene. El destino, impreciso, caminando como sombra, arrastra cielos, mundos, hombres. Nuestra voluntad no es nada arreglando decisiones de los dioses, forjando la creencia imaginaria, el poder naciente de las sombras. Estamos sumergidos en el no resplandor angélico, protegidos por una arrogancia fatua, opaca, en los poros de su pequeñez. Mariposas de vuelo nocturno, rasgando filamentos de aires condenados, avanzamos hacia los golpes inútiles del corazón. Estrellados en el sí y no de las cosas, en el sí y no del destino... Caparazón de herrumbre... las urdimbres se desatan.

112- Un niño es un niño; un adulto no es un adulto. Me lo dijo la razón un día, la tarde que estuvo junto a mí, al lado de ese rostro que se fue hacia adentro, a encender luces en la inteligencia. Los hombres perdieron la niñez. Oscuros designios, abanico de impiedad; torpeza creciendo, para no ser ni adultos, ni tampoco niños.

113- Multitud de hierro, siniestra libertad aprisionada. Vuelan los instantes, angustia eterna. Hombres de adoquín y acero venden su profundidad

al más incierto de los ardides. Flores muertas de la tierra, en su mar helado, arruinadas ante los seres de conciencia clara; nacen y nacen sin saber por qué.

114- Viajar al colmo de la noche, sintiendo el eco del silencio. El murmullo profundo va llegando, reuniendo el paroxismo de lo otro; y la puerta del sonido, abriendo surcos luminosos, cual buril del enigma, recorriendo laberintos sin futuro. Únicamente un presente, revelación de fábulas sin eje razonado... una túnica de papiros para abrazarme con la noche.

115- Puede uno quejarse del bullicio que apretuja los sentidos; paradoja de un mundo que necesita de su soledad llena de gentío. Hastío del desierto mil veces poblado, sombra acompañada, risible llanto que se llena con sus quejas de don nadie. Gentío, rebaño necesitándose los unos a los otros para crear la ilusión de estar formando un mundo, salvamento de la especie, delirio de la raza, ojos ciegos que se esfuerzan en multiplicar su compañía y así creerse más seguros.

116- Las noches bordean un abismo infinito. Los días, un camino sin soles.

117- Hay un brillo que opaca la cuna del saber. Allí hay una confusa lógica de sabios mercenarios, un rebujón de palabras sofisticadas, recomendaciones de la pedantería eterna.

118- Si la mariposa habla, pierde su acuarela entre las alas. Yo prefiero los colores que se abren en silencio. Albores del saber, que es puro ser, y así no saber nada.

119- Me he comido un minuto, una hora, un segundo, para parar en mis entrañas toda la máquina del tiempo. Esa lluvia de engaños... banderas ondean en la noche oscura de los siglos.

120- Había en el aire un no sé qué; una flor desde el sueño, y palabras resbalando por el aire. Un coro. Ángeles quizá no oyeron este canto, quedó guardado con su flor dentro de los siete colores de un instante... colores exquisitos, antes de caer la lluvia.

121- Ya que hoy vienen, como siempre, las repeticiones sórdidas, heridas sus cuencas, y hacen barullo con su ruego reiterado, prefiero dormirme antes de encender la vela... Vicios de mis ojos de humo.

122- Yo escucho las palabras de vagos solitarios; tan calladas en medio de la multitud... los hombres ríen de sus discursos. Son caminos que extravían, por terrenos prohibidos, por caminos extraños, ahondan nuestras noches de

inquietud. Luna solitaria, última soledad, no dejes que se vaya mi tersa soledad. Esperando estoy... sin nada qué esperar... solamente una auténtica esperanza. Soledades sin final... el fin de la soledad.

123- El reino de Dios es el paso a lo prohibido. El querubín espanta con su espada y no lo vemos; está allí como un guardián inquebrantable; poder que anonada la memoria, guerrero insomne vestido de cerrojos. Risa y angustia; ambas cosas en el fondo de la caverna, siempre al lado de las sombras, se mezclan entre paradojas; y el tiempo, pozo antiguo, lago donde se reflejan las sombras, no es para creer en él; allí mueren los númenes, no tienen rostro para el día. El cansancio no sube a las alturas, sus emisarios duermen en la arena de los desterrados.

124- Un ave abrió sus alas una y otra vez. Sus plumas rodaron doradas, en fila luminosa. Los cantos de la noche brillaron como soles; los poros de la vida perdieron el rastro de la angustia...

125- Se oía el silencio hasta mucho más allá de sus límites posibles. El aire estaba surcado de alas invisibles, los relojes no querían mover sus palancas del tiempo...

126- Eva miró la serpiente, miró la manzana, miró la oscuridad que la rodeaba, miró el olvido de sí misma y de su amante ausente...

127- Vi una llanura sembrada de lápidas. En cada una había crecido un árbol, pero había crecido seco. Todos los árboles eran iguales y distintos a la vez, un canto plañidero se escuchaba en la mañana. La llanura se divisaba hasta el infinito...

128- En una tarde cualquiera, cuando del cielo llueve y el trueno suena en la distancia, uno puede reencontrarse con el silencio y las preguntas sin nombre... Un trueno escinde los mundos, quiebra la luna, arroja las estrellas más allá de los desvelos...

129- A veces no se tiene ninguna pregunta. Todas están como en el limbo, oscuramente acechando tras el tiempo, esperando el momento preciso para retar al silencio.

130- Las voces del trueno vuelven siempre a mi cueva de ermitaño, me llevan de un tiempo a otro tiempo en solitario regocijo, como a alguien que perdió su nombre conocido.

131- Y, al fin y al cabo, ¿qué es perder un nombre? ¿Vale tanto arropar a un fantasma, un delirio sin nombre verdadero, un verdugo que se

mata continuamente a sí mismo? El nombre crece en los arenales, se marchita con el sol, la sed lo mantiene buscando espejismos de la noche. Cuervos velan sobre sus tumbas señaladas.

132- No escribo estas cosas para nadie. Sólo recojo mi propia cosecha, después de años maniáticos tras el rastro del relámpago. El trueno, aunque se oye desde lejos, habla en voz muy baja, sólo para almas como la de un monje loco. Ojalá no te ciegue ese resplandor; te vuelve un inútil, iluso en tu propia certidumbre.

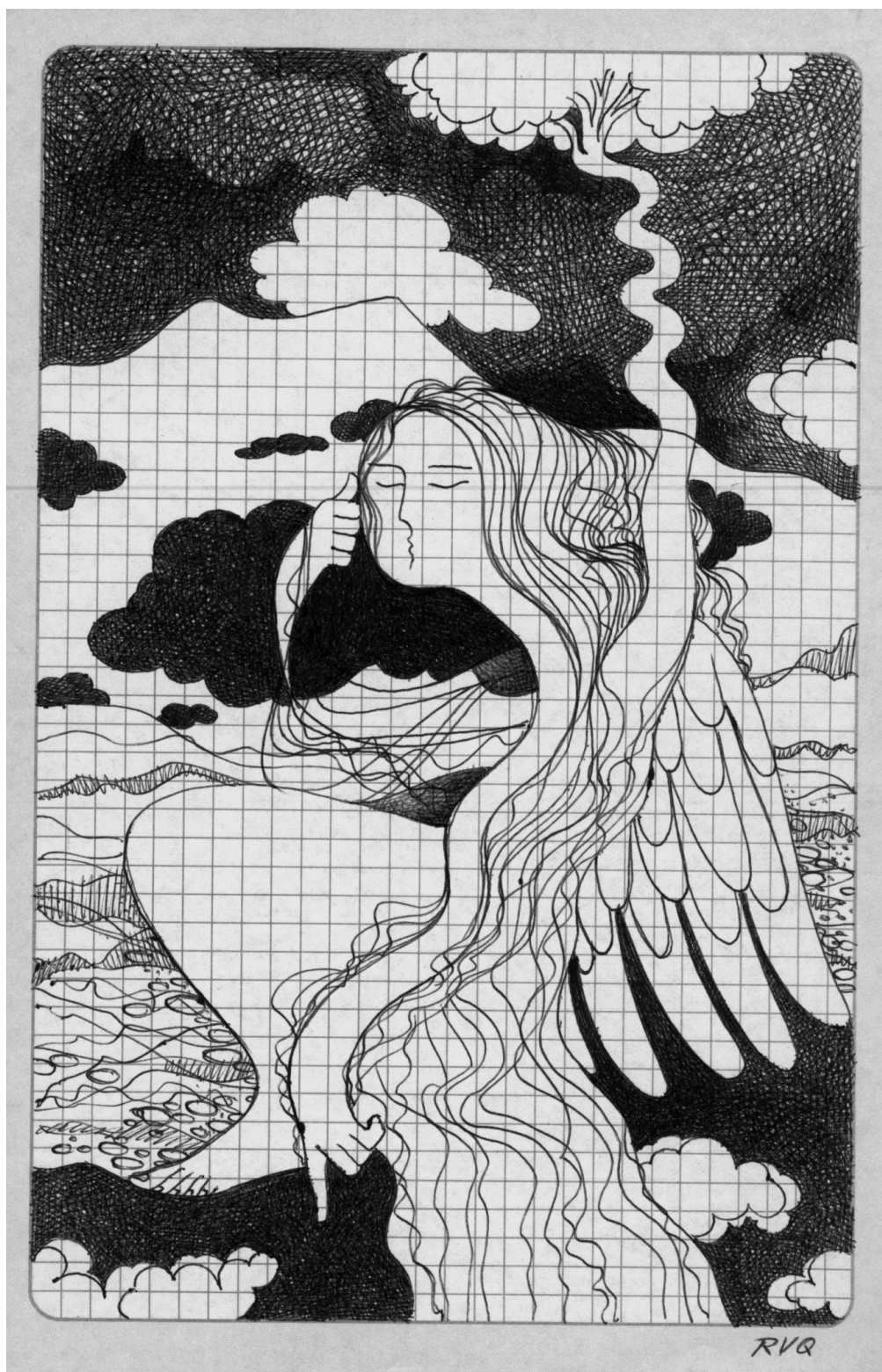
133- Rápido. Despacio. Dame tu luz, dame tu sombra. Dame tu sed, dame la curva de tus senos. Allí miraré la bondad, la caricia en espiral... Los pájaros huyen y regresan.

134- Incertidumbre, hielos. El cisma de los locos, la luz de las tinieblas. El bien y el mal, el resplandor, la cordura blanca. Y me dijo esa voz: “Abraza mi soledad, ríete de lo demás; sábetete a ti mismo, abandona el resto de las cosas”.

135- La maravilla de las sombras, luces emergentes. El ímpetu del fuego, el anonadamiento de la angustia. De arriba y abajo, la contradicción interior de los afectos, la consumación exterior de los efectos. El cansancio de la nada y sutilezas indecibles; el espíritu de la pesadez, la liviandad de ciertas libertades, la santidad y la tragedia del pecado... Me busco y me huyo... El delirio de Narciso fracasa a cada instante.

II

LOS SUEÑOS QUE SOÑABA



El alma es hija del desierto...

1- El hombre caminaba con sus botas sobre el suelo de cemento. Poco a poco, el pavimento se va perdiendo en las rústicas piedras que marchan con él y el ruido de sus botas... Lleva en sus botas alas de gorrión. No puede volar, pues sus alas son pequeñas y sólo sopla un viento suave, frío, el viento del amanecer. Sin embargo, no pierde la esperanza de encontrar su precioso cofre, esa colección valiosísima de arenas del desierto de oro, gotas de rocío vertidas por ángeles de plata, y lágrimas de un amor extraño. Lleva mucho tiempo elevando al cielo sus plegarias, buscando herir con su arma secreta ese dolor de nubes tempestuosas, y aún, después de siglos idos y venidos, no logra entrar en medio de esa llaga. Le cierra sus puertas cada vez que logra verlas escondiendo muchas alas tras cerrojos; pero a veces alcanza uno que otro aleteo lleno de sonidos misteriosos, lleno de colores invisibles... demente de razón. Ese conflicto de su vida, de todas sus vidas... debe entender que aún no las entiende y que, tal vez, nunca lo va a poder hacer. El hombre caminaba con sus botas sobre el suelo empedrado, y ahora está cansado, muy cansado. Sus botas de alas de gorrión empezaron a llorar el llanto de sus pequeñas aves, y el cansancio de sus pasos comenzó a petrificarse, a llenarse de arena, de pequeñas piedras, de piedras medianas, de piedras grandes, muy grandes. Se convirtieron en su suelo de pasos empedrados.

2- Ayer vino ese pájaro burlón. Me hizo muecas con su pico de hierro y ojos de vidrio, sin alma ni vida que se puedan respetar. Agitó sus alas en medio de la noche, y una a una cayeron las mentiras de su cuerpo. Se vio indefenso; comprendió que no entendía absolutamente nada, que su risa era el motor de cuerda que le dieron sus fabricantes. Ese pájaro negro y burlón se quedó repitiendo como disco que se raya: "Arregla mis entrañas; te quiero mi esclavo fiel... arregla mis entrañas; te quiero mi esclavo fiel..."

3- Miles de mariposas vuelan, dejando colores en el firmamento y un rumor que se aleja. Duendes de su propia fantasía, acercan el cielo a la tierra entre aromas traídos de oriente, y silban una música de terciopelo en donde encuentro tu rostro, volando entre amapolas heridas de sueño.

4- Subo a tu altura. Me escondo de la cara que no tiene rostro, y mido mis dedos en el humo del incienso, buscando la hoja que perdió el viento. No hay nada en los silencios; ni siquiera el eco de la lluvia que cae continuamente sobre los rieles oxidados, mientras las piedras del camino brillan con destellos de ángeles minúsculos, perdidos tras la humedad del día. El sol aún no ha dicho su última palabra, yo reservo mi asombro hasta el próximo amanecer de luna.

El humor gris del aire guardó muchas palabras que los libros viejos, de místicos mendigos, no supieron legar al hombre.
Sigo esperando, en la bruma y el desierto.

5- En ese árbol, los frutos crecieron antes que las hojas se oxidaran con las gotas de rocío robadas a las madrugadas.
Trepado en medio de sus ramas encontré al gato de plata que me dijo la leyenda, ese que espera con paciencia la eternidad de los rincones muertos. Hablaba con las flores, adormecido en una melancolía de nácar y visos tornasoles... Mas sus ojos no se cierran nunca a pesar del sueño... Y esas lloviznas nacidas de la luna llena...
Entre el silencio plumizo de los agujeros del viento, tú esperabas el descenso de cien estrellas a ese árbol milenario...
El reloj marcaba el infinito...

6- Hoy desperté en la noche, la lluvia aún traía sus voces rasgadas. El ave ya no estaba en mis oídos; había partido sin contarme sus secretos milenarios, y ahora dibuja mariposas en el aire con el pico, mientras deja caer sus plumas en la laguna helada. Aun así, sigue volando con un vuelo de silencio...
Ven a mí; necesito tus ojos, reflejan como un mar entre las hierbas. O si no, déjame aunque sea una de tus plumas mágicas en el rincón secreto, bajo los abedules. Allí una joven espera el mensaje que adivinos de la noche me traerían entre canciones egipcias, después de soñar mil noches y una noche.

7- En tus miradas no hay sombras. Hay luces de navegantes de lo ignoto, hay luces que escarban en la paradoja, campanadas de un bronce antiguo.
No hay sombras en tus ojos. Miles de águilas blancas nacen en tus pupilas de fuego y humo. Y cada una enreda las nubes en tus hombros todo el día...
En tus miradas, los halcones dejaron el verano; dejaron túnicas de santos tejidas en la eternidad...
No hay olvido en tus miradas. Tu mirar es un cofre de la noche, custodiado por heraldos de cabellos de oro y manos como el viento, que velan sobre un manso mar de plata.
No hay ojos en tus miradas. Hay un silencio rubio, un silencio hondo como la palma de tus manos cuando acarician lo eterno...

8- Me separa tu sombra; vaga, quebradiza, como las hojas secas. Sólo el agua nacida de luna apaga mi sed; y, mientras tanto, huellas, huellas de arena y musgo. Los pasos son imposibles, la tarde los traga sin tu nombre.
Algo hay que no recuerdo bien, algo se ha quedado detrás de las estrellas; no aparecen las sílabas en medio de las lágrimas, los cabellos se han vuelto láminas de acero.

Quizás, en la próxima vendimia, vengas en los sueños con una copa, para recoger recuerdos cubiertos por la nieve. O acaso las alas vuelvan, ya entrada la noche, para gozar juntos en la constelación de los Hiperbóreos.

9- No encuentro tu rostro en tu rostro. Sólo una flor llena de azucenas mudas, nacidas entre el agua quieta.

Reflejos ocres dejan ver ventanas asomadas en la tarde, sin puertas martilladas por la envidia. Allí, a veces tu figura deslumbrante aparece reclinada, con los cabellos recogidos por el sueño, después de rasgar las vanidades.

El alma es hija del desierto, las voces son hijas del silencio. En tanto, en tu rostro se ha borrado mi nombre, y por eso hoy no voy a buscarte; doblo mi túnica con todos mis deseos, la abandono en un rincón de esquinas solitarias, después de bajar las gradas que descienden a los hielos...

10- Dejo la ciudad abandonada. Calles, esquinas, tejados y aleros los barrí cuidadosamente, pero no encontré las palabras que buscaba.

Los cabellos crecen hasta el suelo y los ojos se sumergen en el agua; allí tampoco hubo esperanzas.

Volveré luego, cuando los años hayan adquirido el tono de los ángeles y los cálices no tengan que suplicar los besos húmedos de estrellas milenarias.

Esperaré con la linterna entre las manos, sembraré hojas secas en el lecho solitario; después, un fuego hasta las nubes encenderé con las plegarias. Sólo entonces veré en el espejo una nueva imagen de los mundos.

11- Hoy te vi en la tarde, desnuda, exquisita, bajo los pechos de las nubes. El arco Iris formaba una diadema entre tus hombros, y las ondinas silbaban esa canción en mis oídos que yo escuché en el bosque cuando tenía siete años.

Luego, las arenas levantaron vuelo y cayeron en fila en el arroyo, deletreando antiguas palabras que ya no tienen nombre en nuestros días.

El silencio se ha quedado quieto... Pero aún guardo la humedad de aquella tarde en el olor de mi bufanda, en el eco de mis ojos avizores.

12- Ese castillo me tiene fascinado... Hállalo más allá del norte y del sur, del este y del oeste.

Tiene puertas dentro de las puertas, pisos en medio de los pisos, y gradas, muchas gradas... Unas suben al cielo; otras al sitio donde nacen los vientos; y otras tienen escritas en sus losas las palabras que Beatriz le dijo a Dante el día que bajó del Paraíso.

Ella espera allí; sola, hermosa, radiante, con trenzas de oro que le llegan hasta la cintura... Espera al visitante solitario que haya logrado liberarse de los siglos... Y le da un secreto que solamente él conoce.

13- El cielo se derrumba sobre la llanura, prometiendo palabras para el

desencanto. Yo tengo la cara deshilachada por la duda, mientras busco el origen del arroyo nacido durante siete noches. Muchas piedras ha traído hasta el borde de mi cama; piedras brillantes, sin nombres reseñados en los diccionarios.

Una de ellas, especial por su forma oval, tiene firmas y signos de ángeles plateados. Y si uno la acerca atentamente a los oídos, oye canciones antiguas arrojadas por el frío.

Las dudas vuelan poco a poco. En mis manos sólo queda un silencio para el próximo futuro. En tanto, los ángeles se han cambiado de túnica, van sembrando nuevas dudas alrededor de mis pestañas.

14- El gato caminaba lentamente frente a mí. A cada paso que daba las rocas devolvían un extraño eco, mientras él me miraba y maullaba cariñoso. Parece que las rocas de allá guardan secretos enterrados desde el tiempo de los sueños, cuando los hombres se cansaron de esperar la señal antigua de los ángeles, en aquel desfiladero que sólo tú y yo conocemos. ¿Te acuerdas? Lo fuimos a escalar hace muchos años, cuando no existían guardianes custodiando los atardeceres.

Hoy he vuelto allí; el gato me guiaba con su sexto y séptimo sentido, y al anochecer alumbró el camino con sus ojos relucientes y risueños. Recogimos llaves a la orilla del camino; las habían perdido incontables caminantes del desierto.

15- No hay tratos, no hay arreglos; solamente ojos en la noche, ojos como bolas de cristal mirando al infinito. Nos miran, los miramos; las miradas hablan más que las palabras. A cada mirada un ala, un beso junto a las estrellas... Y nadamos, midiendo las distancias entre las constelaciones que giran alrededor del árbol solitario de manzanas de oro. Y más alas crecían en la noche, formando un brillo irresistible que cegaba la mirada. Y entonces el vértigo se apodera de uno, pero ya no hay forma de volver atrás; debe uno esperar en completa soledad, hablar con el lucero que traga la memoria, contar mil estrellas sin llegar a confundirlas. Sólo entonces esos ojos se apagan poco a poco...

Vuelven los pactos, los arreglos con el día. Sé que a las 12 encontraré tu sonrisa atareada en los asientos de los buses, mientras miras por los vidrios la manera de ocultar amores prohibidos, para no caer en la tentación de contarlos a los vientos.

16- Soy la sombra, soy el búho, soy la noche que anochece en los rincones. Abro las ventanas y escucho el tintineo de las estrellas y el vuelo de luciérnagas que buscan su yo perdido entre los nichos abandonados.

Soy la sombra que crece como alas de murciélago y hojas de berenjena agria. Por los caminos polvorientos veo tus manos arrugadas despidiendo al sol hasta su cuna; y en medio de las motas diminutas de este rincón oscuro, veo uno de

tus ojos recorriendo siglos de rumores y recuerdos.
Soy la sombra, soy el búho, soy un canto turbio en la otra orilla del camino.

17- Un perro ladra y nadie le contesta; nadie lo consuela en su pérdida calle.

Miles de autos de colores calcinados han pasado junto a él, sin preguntarle siquiera su nombre oscuro ni por qué lleva esa piel de mármol.

El perro ladra y a cada grito suyo un niño azul sube a los abismos siderales, y luego canta estrofas a la luna llena.

Los autos no han visto sus ojos que brillan como una llamarada, pero él se venga de su indiferencia custodiando tesoros escondidos bajo las piedras del camino.

Al día siguiente, un perro con piel de mármol indica el viacrucis que comienza al pie de la montaña, pero muy pocos logran entender ese secreto.

Los tesoros se quedan ocultos, hasta la próxima noche llena de indolencias.

18- En el agua, los charcos de la luna reflejan amapolas sembradas en las nubes.

Las aves agoreras recorren los olvidos, se posan en los troncos que flotan a la deriva en esas ondas de plata, y luego hablan entre ellas de las cosas escondidas, de los misterios antiguos, de los labios cerrados de los sabios.

Miles de esos troncos mustios flotan en esas aguas frías. De vez en cuando hay un niño diminuto abrazado a uno de ellos, esperando lo lleve al confín de los mundos.

También, antes de las madrugadas, las amapolas y las aves agoreras, dormidas unas junto a otras, navegan hasta el fondo de los lagos ciegos, y luego se despiertan disipando las penumbras.

Las nubes vuelven a su sitio, las voces retornan a sus limbos.

19- El ánfora está llena de gaviotas azules, con alas brillantes en medio de la noche. Parecen lentejuelas. Una a una elevan vuelo hasta el infinito, creando sendas escondidas que sólo conoce el solitario.

La última noche, mientras volaban delante de la luna, bajaron voces lastimeras acusando la desidia de los hombres, porque no supieron entonar los himnos de los elegidos.

En la aurora, durante los cantos matinales del estío, los ángeles cambiaron de vestido; se cubrieron con cortezas de árboles y bajaron a la tierra, entre bosques de eucaliptos olorosos, prometiendo custodiar las ánforas secretas. Las gaviotas desaparecieron; ya no suben al cielo, y el brillo de sus alas es ahora una ceniza dejada en la copa de los árboles, como quejidos de ángeles caídos...

20- Ayer te vi llegar; volabas entre el frío de las amapolas y el pico de los árboles nocturnos; volabas con alas de alcanfor doradas, en medio de la

noche. Los búhos aguardaban tu llegada, cantando una melodía extraña, un canto de linos y de sombras, copado de presagios para las almas sedientas de misterios.

La noche es un extraño cofre de sándalo, lleno de deseos largos. Sólo tu llegada logra disipar esos deseos, esas brumas que crecen como telarañas en los rincones del alma solitaria.

Anoche, mientras llegabas en tu vuelo santo, mis ojos vieron a las montañas hablar con las amapolas. Cada palabra les cambiaba el color a esas flores tristes; y luego se iban separando aparte, destinadas cada una para los viajeros extraviados y las mujeres que no encuentren sus cabellos de oro.

21- El bosque de nogales, el bosque está perdido. Se volvió humo desde que las almas olvidaron sus nombres verdaderos.

El cielo se ha unido a los desiertos, ha barrido hasta las esfinges y pirámides de oro. Nunca se hablará más de los secretos. El cielo ha vuelto oscura la tierra, la ha cubierto con sus piedras partidas en mil pedazos. Y ahora cada pedazo gime noche y día, aunque tú no veas llorar esos limos desterrados.

Una voz de seda viene desde lejos, prometiendo casi el licor de los griales. Pero los caballeros nunca aparecen; jamás llegan a tiempo con sus lanzas y armaduras sagradas. El bosque de nogales extravía sus pasos en el viento y el humo, y la muerte muestra su bandera de jirones.

22- Campanas suenan en la cama; suenan reclamando quejas y la tez morena de una muchacha huida. Ha amanecido y no dejan de sonar. Otras se oyen desde muy lejos; su música tiñe los sueños y las sábanas. Y hay un lucero en medio de ellas, y también un arco iris que se sostiene con el frío.

Poco a poco desaparecen las quejas, la ciudad amanece despejada. Los pájaros han barrido el polvo de los tejados, no hay humo saliendo de las chimeneas.

Un árbol gigante, en medio de la plaza, mira hacia los cuatro puntos cardinales. De él salen voces de campanas, y una muchacha de tez morena se duerme entre sus ramas.

Ya no hay quejas en la noche.

23- Espero solo; indeciso, abro la puerta que da acceso al jardín trasero, la noche aparece de repente en medio de la tarde.

Las gradas, imposibles de bajar, se han cubierto con una niebla espesa, pesada, y caer es sumamente peligroso.

Llamo, pero nadie oye. Mis voces se estrellan contra el firmamento, ocasionando rayos y relámpagos temibles. Una voz, tal vez del Anciano de los Días, dice: “No te atrevas; aún no es tiempo para desandar el día; siempre habrá una noche en la huerta que no es tuya”.

Y entonces una mano me empuja. Caigo en el abismo, un abismo negro, lleno de vetas paranoicas. Y nunca había un fondo; caía interminablemente; tanto, que perdí el miedo de morir en la caída.

De pronto, esa mano detuvo el tiempo de la oscuridad, dibujó con sus dedos una puerta en la distancia, y tras ella apareció la tarde llena de escalones. Yo había dejado de caer; ya no bajaba, pero tampoco subía. La escalera se prolongaba al infinito, hacia abajo y hacia arriba.

Allí la tarde era temible; amenazaban voces muy lejanas, una serpiente custodiaba el vaporoso movimiento de las nubes. El olor enfermizo de los desiertos negros, mortecinos y sin regreso, llenó ese lugar sin nombre. No vayas; allá el alma conoce su desesperanza sin término, los vestidos los corta el viento con su golpeteo terrible.

Pero allí no estabas tú; mis pensamientos imploraban tu rostro de sonrisa inefable... Pronto, sin saber en qué momento, la noche cubrió de nuevo esa tarde interminable... Y caigo; caigo sin llegar a ninguna parte... Sin embargo nada, ni lo más miedoso, podrá borrar el perfume de tus brazos, ni el lecho de amor entre los olivos que ahora no encuentro en el jardín trasero.

24- Habías perdido tu risa; te había golpeado un invierno entre los ojos. Caminabas sin saber por qué, mientras el frío de la tarde doblaba las montañas.

Un volcán antiguo aparecía entre las nubes, en tanto los árboles florecían velozmente entre los nidos, espantando pájaros silvestres que huían muriendo entre las ramas.

En el piso silvestre, pasos lentos y sigilosos marchitaban la hierba, buscando tus huellas que aún caminan bajo el puente interminable de bronce.

Han quedado restos de tus ojos tristes en el murmullo del estanque, la flor que adornaba tu cabello no ha vuelto a renacer. Ahora es una joya antigua que yo guardo en mi abrigo raído de pieles del oriente. Y los poemas que escribiste en las piedras de los ríos, los leo cada vez que retorna la esperanza...

Un sol alumbra las estrellas, mientras tú eres un gemido en el sereno...

25- Un barco silencioso navega por las noches, mientras el ojo de la luna alumbra los faros perdidos y ahuyenta esa mueca de tus labios, que ahora dicen sí a los misterios.

Quizá los charcos en el piso han borrado todo rastro de la luna, pero los pasajeros no dejan de soñar cuando oyen el volar de las gaviotas, que persiguen un trueno en la distancia. Pero ya no se acercan; prefieren posarse sobre un gigantesco árbol de roble que crece en el centro del agua y sube hasta las nubes. Ahí dejó su semilla un antiguo sabio, el día que se ahogó buscando las palabras de los caracoles y las ostras.

Y desde entonces, ese barco fantástico no ha dejado de aparecer todas las noches para recoger las flores de ese roble inmenso, y así fecundar eternamente el sueño de los soñadores.

Después las gaviotas nacen, una a una, de esas flores recogidas cada noche por el barco de los sueños; pero nadie logra verlas. Solamente, a veces, la gente de la costa más cercana oye, desde lejos, alas cortando los pasadizos de la no-

che, y entonces todos se duermen en paz.

26- El tiempo se reflejaba en el espejo y me traía tu imagen desde un futuro remoto.

Yo había caminado hacia ti por bosques donde nunca amanecía el sol, guiado únicamente por esa estrella que se refleja en mis entrañas y por el canto del arroyo que corre entre juncos de plata.

Cansado de andar, había perdido la voz, mis harapos no tenían dónde reposar; cargaban el peso de mi soledad, mis ojos casi ya no divisaban nada; el horizonte era sombrío, habían caído las estrellas al desierto.

Después... te encontré esa tarde en que vestías únicamente una flor en medio de tu frente blanca, con el amor atravesando las palmas de tus manos. Lo demás lo he olvidado todo...

27- La flor abrió su aroma, su color y su estrella. Fulguraciones de un recuerdo vienen con tu rostro extraño; palabras en los ojos recuerdan el futuro, plagado de nimbos para los inocentes.

Un destello de tu aurora rompe mi equilibrio al vértice de la tarde; me entrega tus palabras, esas que no quisiste decir desde tu alma llena de risas estrelladas. Sin embargo, ahora las sé. Se han pegado a mi cuerpo de guerrero que vigila el nacimiento de los anocheceres; y entonces no habrá nada que logre deshacerme del éxtasis que rompe la cordura.

Un globo sideral vendrá esta noche a mi torre escondida, cuando la primera de tus voces me ponga en alerta contra el sueño. Subiré a él y volaré hasta el cenit, a divisar el nacimiento de los mundos; y allí, con el resto de tus voces prohibidas, escribiré un libro mientras el tiempo se detiene más allá del éter. Yo había jurado arrancarte esos secretos; tuve la paciencia necesaria; escondí la flor mágica con su estrella críptica, y logré preservar su aroma durante siete estaciones de nostalgia melancólica, luchando con las palabras que tu padre, el inmortal, me entregó en revelaciones contra el sueño.

Después, desapareceré de la arquitectura de los mundos...

III

EL ÁNGEL OLVIDADO



El bloque de los cielos extravió nuestro árbol de deseos

1- Aquí comparto mi mal con los demás; me veo a mí mismo realizando el encargo del profeta: desmoralizar el orden de las cosas, lamentar el deterioro inobjetable del sino de este mundo, advertir de la visión que se adentra en la intuición premonitoria, denigrar del espanto que, aun a muchos, todavía no los tiene sorprendidos.

Aquí veo los cielos y la tierra, los hombres y las cosas, las sombras lloran en las cimas de las montañas.

Aquí las ciudades se derrumban, los ríos murmuran un canto ahogado entre los peces, las piedras se quiebran con la mirada de los dioses.

Aquí había una historia que contar, un misterio herrumbroso, un ángel sin esperanza, un tiempo que ojalá no ocurra.

2- Vi un mundo que parecía de piedra, estratificado en las ausencias. Hay allí paredes pero no hay almas; hay dudas, ignotas miradas, ciegas miradas en las sombras. Viven nostalgias, desengaños, soledades. El sol es luna y la luna olvido. Esos seres esperan el eco de su propia voz, que no vuelve; se pierde en la estructura ausente, y lo más probable es que esas presencias no tengan voz. Sus almas se arrinconaron en el olvido para rescatarse a sí mismas, y así nacer, para morir de nuevo. Casi nunca conocían la destreza de la risa; su risa era enigma, consolada por las voces de lo otro, de lo ignoto sin nombre. Tampoco había ilusiones; sólo un silencio entre las paredes gruesas, ambiguas habitaciones del pasado, mito de esperanzas anquilosadas en los muros viejos. ¡Qué decir de ese extrañamiento, de la acusación de las mentiras ocultadas por los rostros ilusorios de las cosas y de las historias, de la angustia que aprisionaban esos cuerpos sin futuro ni gloria! Y había musas estridentes de lo feo apareciendo en el oído, rasgando los velos de la comodidad... porque lo placentero dejaba de ser cierto. Sólo quedaban los rasguños, las heridas, las telarañas suspendidas en las horas y el vacío... las canciones que se quieren olvidar.

¡Qué seres solitarios, anónimos y desubicados, sin número de identidad, sin partido ni credo! Reservan aún su soledad, naufragan en el juego de la paradoja, esperan lo inesperado o inesperan lo esperado. Los vi una noche cualquiera, pero también desde siempre, mientras comprendía que la vida sigue siendo un callejón sin salida. Suman su conciencia a la nada, a la auténtica vacuidad existencial. Son almas sin rostro; equidistan entre el ser y el no-ser. Viven su vida mientras algo —no sé qué— absorbe sus miradas de silencio en la expectativa de no haber sabido nada. Lo sabido ha sido una historia equivocada, y lo no sabido el aguijón que agudiza su mirar, porque el mundo que dejaron se extravió en risibles fórmulas para el desencanto. Sin embargo, son amigas de la última esperanza.

A veces me decían que aún hay tiempo para reflexionarnos, para existenciarnos, autenticarnos sin falsas etiquetas ni sobrenombres con estatus. Miradlos; están allí, tras la puerta oscura. Quizás hacen la caricatura que queremos olvidar para no encontrarnos con nuestra propia insuficiencia, o tal vez hablan desde el fondo de su voz inexistente, para ver si podemos arriesgarnos en la duda. Pero no es elegante dudar en este mundo, lleno de convencionalismos optimistas preparados desde la cuna. Y por eso prefiero pensar que esos seres, que viven y se asoman entre las esquinas de una otredad extraña, que sólo hablan con el viento para oírse a sí mismos en la latitud de su propio mutismo existencial, prefiero creer, digo, que salieron de un extraño juego de espejos imaginarios, inexistentes o fantásticos; y que únicamente existen en un mundo que solamente está en mi mundo, ese invento mío sobre los cadáveres del sueño y las paradojas que nacen entre las mentiras.

3- Este mundo se resignó a las epopeyas de la claridad, al optimismo constructivo, a la importancia de lo positivo. No hay vaguedades ni asombros ante lo inesperado, ante la pregunta infinita, ante el desorden interior de los espíritus. Las civilizaciones le dieron la espalda a la Ciudad de Dios. Siempre; con sus lustrosas y horrendas pesadumbres, quieren vencer los momentos anteriores, y solamente consiguen despertar a nuevos sofismas insufribles. Este mundo siempre ha sido un hervidero de catástrofes, una heroica epopeya de la destrucción. Abandonado al terror primero y último, los estertores de las guerras no llegarán nunca a su final. El final siempre será el comienzo de otro estallido incongruente, fatalidad de las violencias que no pueden nunca contrariar las órdenes de Marte. Estaremos asistiendo al renovado despertar de los terrores, al abismo en crescendo de los pánicos, de los miedos inmortales, de los fantasmas sangrientos. Y siempre habrá una multitud haciendo coro a las bondades sacrosantas de la fe que quiere mantener la trabazón de esta civilización babélica, a la fe del falso profeta, a las palabras deificadas de la mentira, con trono y mitra de oro, pedrería y apariencia de sacralidad.

Este mundo es un gigante irremediable, enfermo de optimismo vanidoso, maniatado por la pura prepotencia de un conocimiento espectacular con su pedantería. Este mundo es el colmo del endiosamiento a su mundanidad. Yo veo la desgarradura odiosa de los tiempos, la deformidad siniestra de la Gran Ciudad, a Babilonia la Grande pereciendo atronadoramente en medio de sus triunfos. Yo veo las cosas de este modo y no puedo remediarlo. Mis histerias vienen de un lugar colmado de insufribles pesimismos, y no veo por qué habría de ocultar mis dudas sobre el vórtice de fuego que son los comienzos, medios y límites de las historias. No puedo verlo de otro modo. Si acaso veo claro, es que estoy enfermamente obsesionado con el fin inevitable de las cosas, con los destinos absurdos, con el movimiento decapitado y sin forma de los siglos, con la falta de credibilidad, sostenida por la ingenua construcción de los

futuros.

Se hundió mi fe de tanto buscar la razón sagrada de las cosas, acaso mi cordura se fue a pique, en medio de su pesadumbre.

4- Yo formo parte de los locos que creen que este mundo está muy loco; de los hombres que se acuestan con la angustia debajo de la almohada. Nosotros vemos la fatalidad de la ignorancia, las esperanzas perdidas, los pétalos marchitos y los soles apagados.

Yo formo parte de los locos que corren detrás de los enigmas. Nos levantamos con la mirada hacia el naciente, y de vez en cuando la otredad nos revela su misterio. Misterio que lava las mentiras de las ondas del sigilo, los papiros del deseo y los vientos de la noche.

Yo formo parte de los locos que no queremos estar en este mundo. Los encantos de una mar profunda nos atraen con su canto de sirenas, el naufragio en lo imposible es nuestra máxima cordura.

Yo formo parte de los locos que presienten la catástrofe del orbe. Leemos en los tiempos y creemos las parábolas proféticas. El ángel del futuro nos tiene prevenidos, nos pasea por en medio de los símbolos y nos muestra los comienzos de una lengua perdida.

Yo formo parte de los locos que sabemos de nuestra propia locura. El bloque de los cielos extravió nuestro árbol de deseos, nuestro mapa de tesoros, nuestro rumbo de metáforas. Hoy sólo vemos la brújula encantada, el astro de los magos, la constelación de los secretos. Cantamos el coro de los sueños descifrados y perdemos el ritmo de la música de barro. Alucinados estamos con la sonata que acompaña al éter. Levantamos la locura al centro de los firmamentos paradójicos, abrimos poco a poco los muros interiores, los cánticos eternos, las voces del misterio, las gradas sucesivas que enajenan al viajero de ánforas recónditas. Se cegó nuestra luz del poniente, se congeló nuestro calor nocturno, se eclipsó por completo la cordura en nuestros ojos. De ahora en adelante nuestro velero viajará sin rumbo conocido, al mundo de los locos que creen que este mundo está muy loco.

5- Me dijo el ángel del misterio que mirara el rostro de la bestia. Vosotros también lo habéis visto muchas veces, pero no lo habéis sabido nunca. Me dijo que abriera el trono de la oscuridad; que mirara, por si acaso se dejaba ver. Vosotros no queréis mirar, y de tantas veces esquivarlo os volvisteis muy inteligentes. Ganasteis la razón, el equilibrio, la cordura, el trono de la sensatez.

Yo, cada vez, más me aparto de los ojos que ven con el brillo de la luna llena, plena de cordura. Es una luz enmascarada la que sale de sus valles. Es la luz, pero es la luz incierta. Es la luz nocturna con su pompa de disfraces.

Me dijo el ángel del misterio que rompiera su profundidad; que regara el aceite de su noche y encendiera fuego en sus pupilas. Me dijo que apartara los cabellos de la frente viajando en contra del viento del poniente; que cavara

con la espada un pozo en el lugar de sus entrañas; que pusiera los vestuarios donde no se guardan nunca; que comiera los fragmentos de su túnica y rasgara todas mis vestiduras.

Me dijo que las claves del enigma se abren poco a poco en el valle de la muerte, bajando por un camino estrecho, más allá de todas las ensoñaciones, más allá de todos los anhelos, más allá de todos los caminos de los hombres, más allá de todas las cosas que se dicen ciertas, más allá de todas las querencias.

Me dijo el ángel del misterio que hablara con su lengua cuando toda la negrura se volviera blanca; que mirara el rostro de la bestia; que escuchara el grito de la tierra; que abriera un pozo en el lugar de sus entrañas; que siguiera con cautela todas sus señales; que esperara con paciencia hasta el día de su llegada, que no desfalleciera en medio de la incertidumbre.

6- Vivo en el desarraigo, en la soledad, en el núcleo de un silencio que desordena el contenido de la conciencia, arrimado al rincón de donde brotan dudas y preguntas de la lejanía. Allí sólo se está consigo mismo, como flor que crece en la laguna; y el mundo de un pequeño arte se atempera contra los desafueros del destino, comediante de aplausos y desdenes no invitados. Un sacerdote imaginario abre, cierra y entreabre quimeras, nostalgias; quizá nunca saberes.

La duda es mi maestra; la veo con sus ojos a través de girasoles mudos, mirando el fondo de mi fondo, de donde emergen palomas que no creen en la paz ni en los cestos que recogen las limosnas para la fiesta de los cuerdos, trajín de las manías que abaten el corazón de los durmientes. Mis palomas son blancas y se vuelven negras, o son negras en el día y blancas en la noche; se quedan con su asombro todo el tiempo, huyendo del calor y del sol de los desiertos, agitando sus alas en el río, contra el sí de los destinos arrugados por el tedio.

Escribo poemas que se quedan esperando un candil en los ojos de los solitarios; leo libros que se han vuelto antiguos desde que los miró el último de los desterrados de otredad, y esa niña de ojos tristes que no entiende sus razones; quiero guardar el reloj donde el último segundo sea la nada, donde las estrellas puedan estar por siempre con su noche eterna, velando el resplandor de la oscuridad, con toda su grandiosidad guardada en las pupilas.

Escucho los murmullos de los vientos, las perlas sumergidas del océano, la sibila de los templos idos, el caracol traído del sereno, el sonido interno que no sabe de dónde viene ni para dónde va. Me interno en lugares que dicen alto a la razón, a la oficialidad de los rituales arrimados a la fe, al sí de los creyentes caídos en la confusión extraña de un Dios desconocido.

Suspendo el saber en una nube de la nada; esa que golpea como trueno con su angustia los muros de esta cárcel voluptuosa de los cuerpos, el qué somos tú y yo, esta vida hecha jirones y su miseria de gran gloria.

Vivo hasta la noche y no duermo entre los vivos; escucho entre las sábanas un resto de tinieblas, lo necesario para saber que el ser se acaba en la noche y vuelve al nacer el día, resplandor en esta única realidad absoluta que me

habita; ese otro que no tiene nada en común con la razón, ni con el tú ni el yo, o el mal y el bien, flores de un invierno de veranos; ese otro que está detrás de todo lo andado y desandado, quieto, absorto, tras el origen de uno mismo... y que, sin embargo, también es todo ello; esta realidad única de la conciencia, esta copa quebradiza de deseos, liturgia de su propia sombra oscurecida, que es el saber de ella misma, espejo y maravilla de su propia imagen, velando y desvelando los seres y las cosas... por los siglos de los siglos.

7- Sí; hagamos un espejo nuevo, sin trucos ni trampas que cuelen las mentiras; un espejo de conciencia, el de vidrio vivo, el fiel porque cada uno lo conoce aun desconociéndolo. Resistamos su reflejo, su cristal inconfeso y denunciante; miremos las preguntas que se hacen los ojos mutuamente. Y quizá, si salta su luna en mil pedazos, el agujero nos dirá que vienen tiempos malos, que las fibras del ser no tienen consistencia de verdad, que las cáscaras del alma no son más que frágiles argucias sosteniendo milenios de creencias y que todo es un conjunto de mentiras. Quizá, entonces, nuestro amigo el búho, el sabio de noches desveladas, no saldrá de su escondite y tampoco quiera presenciar toda la verdad. Y si acaso apartamos el reflejo de ese rostro insistiendo en cubrirnos con nuestros lentes de ceguera inobjetable, entonces no podremos guerrear por la verdad, ni llegar a ser un dedo en la conciencia, desarmada para la guerra de la paz, ni lograr la paradoja o incertidumbre del saber; ni podremos tampoco reunir los fragmentos de ese lago reflejante como pedazos mezquinos de unas almas, sin mentiras en los miedos, ni podremos decir con franqueza, a los cuatro puntos cardinales, gritando para siempre: soy violento, hago la guerra y no la paz.

8- ¿Qué soy yo? ¿Qué eres tú? ¿Dónde las líneas divisorias de los mundos? Dónde el perder el camino, la encrucijada que quiebra los sueños, dónde la risa insondable?

¿A quién sino a ti preguntar por el regreso, por el sendero en el desierto, en la soledad del alma que quema la memoria? ¿Por qué no recoges los pasos, las huellas húmedas traídas desde la laguna, desde el cielo hondo y sin misericordia?

¿A qué tus quejas, tus nostalgias de estepario extraviado, de andador de montañas sin agua? Oye más bien el andar, el perder el rastro, el silbido del frío en la noche, cuando el ángel antiguo venga con sus palabras morenas y descienda a tu almohada, a tu cielo dormido, con las musitaciones del bosque y las sílabas que olvidan los ecos entre las montañas...

Ven, más bien, con tu amiga sin voz, a escuchar el silencio sin calle, a ver el sortilegio del sol, a mojar la luna entre la laguna... Ven, con tu rostro perdido, a situar los pies en las sombras, en las nubes giratorias borradas por el viento... Ven a coger amapolas azules y luces ignotas, y luego vamos a la cena entre los parajes olvidados... Es que ¿no ves que nos dejaron sin nombre para el día? Ven, formemos un coro inaudible, una música de bosques, una canción de

secretos. Ven, busquemos la noria perdida, la montaña blanca, la flor solitaria, las hojas por ahí dejadas... en el desierto sin nombre y el árbol de los buenos deseos... Ven; estaremos bien; aquí abriremos los libros antiguos; aquí olvidaremos tu nombre y el mío, y el tranvía tal vez nos recoja, de vuelta, al fin de los mundos...

Sí; porque si no, ¿qué soy yo, qué eres tú, qué es lo mío, lo tuyo, el afuera, el adentro, el norte y el sur? ¿Por qué no oír al solitario, al vagabundo que nos dio las claves para abrir el enigma? ¿Por qué no quebrar el espejo y borrar el tiempo en tu rostro, en tu mueca silente, en tus cuencas de ojos ignotos?

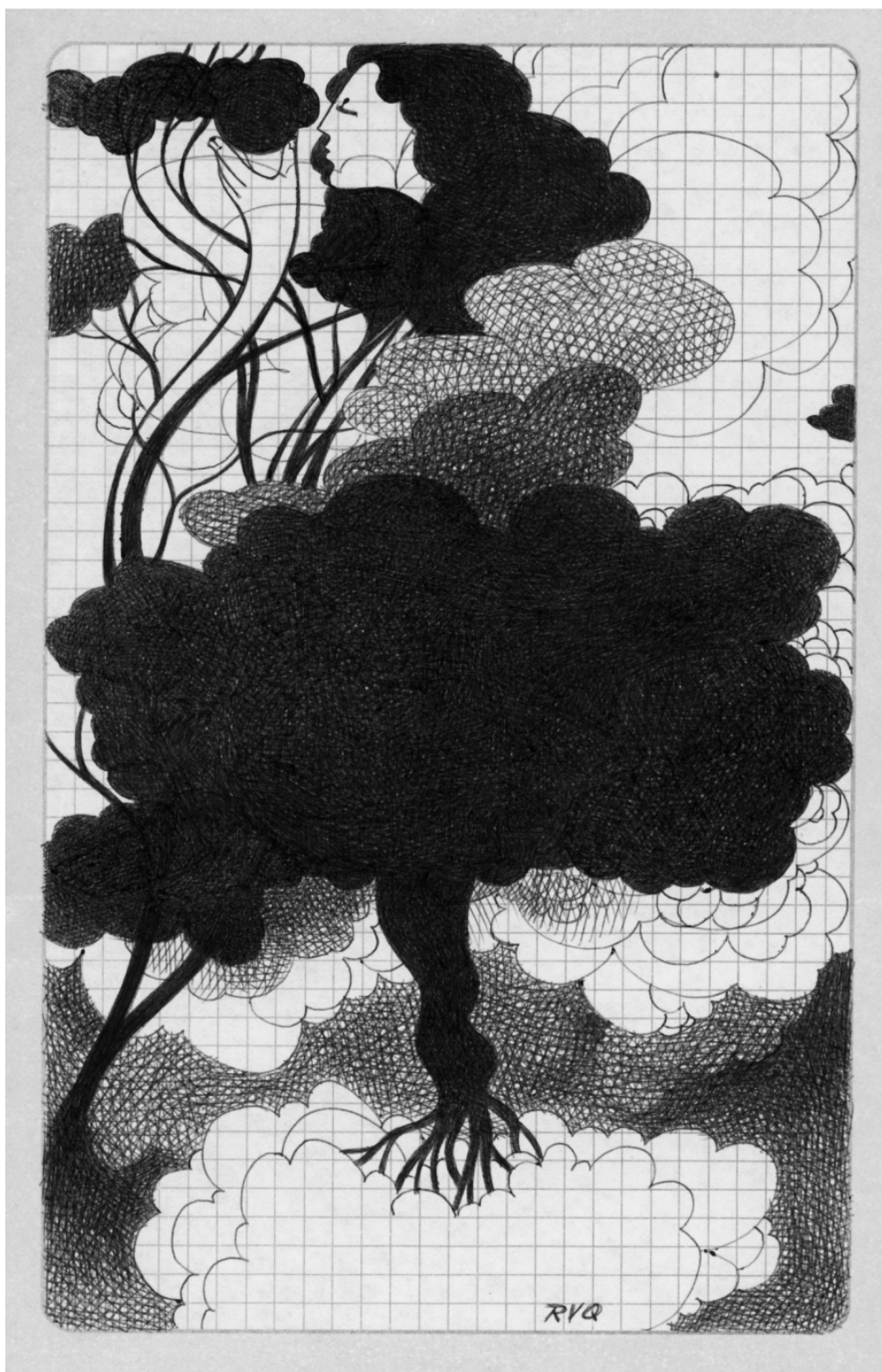
¿Por qué no hundirse en el agua, en la bruma que abre madrugadas y ve la verdad en el frío de las horas cosidas más allá de la muerte?

Pero, ¿qué es la verdad, qué soy yo, qué eres tú, pájaro que has perdido las alas y has quedado como un Dante sin Beatriz, sin paraíso ni voces de Dios?

Ven y tal vez nos veamos; quizás me encuentres allá, dentro de un bosque de palmas sagradas... y quizá nunca más volvamos a ver este mundo de afuera, mimado con candados de acero... este mundo extraño que nos dejó como a huésped mudo en el día de la eternidad... de la eternidad perdida en el día de la eternidad...

IV

EL MONJE LOCO



En el abismo de los cielos nació la esperanza...

1- Tengo el libro; me lo dio un monje loco, extraño personaje lleno de soledades. Había pasado por más de siete veces siete soledades; y siempre que hago esfuerzo en mi memoria, no logro recordar su rostro. Tal vez no tiene un rostro sino muchos; tal vez me confundió con sus ojos de fuego y con sus dedos largos que señalaban los misterios.

Había reflexionado mucho, pero ya no andaba encorvado; se había librado del peso de las palabras, después de devorar muchas bibliotecas, después de sutilizar su espíritu cada vez que renunciaba a las palabras.

“¿Es extenso el libro?”, le pregunté en cierta ocasión. “Lo era, pero estoy harto de grimorios. Ahora los escribo al revés, comenzando por la última palabra y retrocediendo el discurso hasta el inicio, y obtengo más o menos el mismo resultado. Yo soy las palabras, tú eres las palabras; no te confundas más con las palabras”, me contestó el monje loco. “¿Y tú, quién eres?”, le inquirí de nuevo. “Mi nombre verdadero está escrito en esas páginas. Encuentra el principio en el final y el final en el principio, y allí hallarás mi propio nombre, confundido con el tuyo. Tu letra es la última, la mía es la primera; pero en medio hay un reloj de arena, y de una a otra sílaba contamos eternas jornadas de ese tiempo interminable, entre un día y otro día, entre una noche y otra noche, entre años y años, hasta que la paciencia dora las entrañas”.

Y así se despidió esa vez, mostrando un rostro que no es su verdadero rostro, mucho después de media noche, cuando un búho cantó por la ventana.

2- Un éxtasis extraño lo arrobó la última jornada. Dijo haber entendido el alma, el espíritu y el cuerpo. Y desde entonces esa luz bañó su rostro, más allá de las tristezas, decepciones y otros males de la condición humana.

Había penumbrado durante mucho tiempo, buscando el tiempo que no tiene tiempo, las cisternas del silencio y el ave fénix que renace de entre las cenizas. Así había clareado su propia alma, su extraña soledad; y aunque todavía parecía un monje loco, el alba asomaba continuamente alrededor de su mirada, sus palabras parecían alas livianas en el aire, mariposas de luz horadando las sombras de los siglos.

3- Otra vez volvió y me sopló una palabra en el oído: “Esta voz tiene el poder de la certeza”, me dijo. Yo sentí esa certidumbre a través de múltiples transformaciones, y vi que era la única palabra que no era alucinada. Estaba siempre ahí, abierta, pero oculta por las apariencias.

Aun las voces buenas y las voces malas forman el tejido de esas apariencias.

4- El monje loco me mostró su escondite de la noche. “Yo vengo de la negrura que antecede a las auroras; yo no existo después de los amaneceres, al menos para nadie, porque hace mucho que me escondo de todos. El día es

mi sombra y la noche es mi luz. Al contrario del resto de los mortales, yo encuentro mi razón en la noche más oscura. ¿Acaso no has oído que la noche es también un sol? Y los búhos me revelan secretos con sus ojos centelleantes como luciérnagas en medio del silencio.”

Me llevó hasta el fondo de su cueva, pero el regreso estaba sembrado de olvidos. Sus rastros desaparecen con el sol de las mañanas; y hay nubes delante del camino, piedras borrando las palabras de regreso que uno guardaba en la memoria, hasta que vuelve la noche con su magia, con sus voces de profeta ya olvidado... y se oyen los latidos ocultos de la tierra.

5- “¿Acaso no te dije que me gustan los enigmas? Crecimos entre enigmas; no hay cómo negarlo. Nacimos en lo profundo de la oscuridad; el fuego de los días quemó adivinanzas en la piel, dejándonos perdidos más allá de nosotros mismos, desde el origen de los tiempos. Por eso, lava, desempolva tu camino; tira piedras a las alturas, por si vuelven a ti con el secreto de los siglos... La eternidad es un polvo del desierto que voló hasta el cielo y cubrió el sol con multitudes de lamentos...”

Esto también me lo dijo el monje loco, y después señaló aquel árbol inmenso que nadie había visto antes, solitario, en medio de la estepa. En todas sus ramas pendían abrigos negros, que los hombres iban tomando uno a uno, con la mirada espesada por un sueño inexplicable. Después se los ponían, caminaban cabizbajos, lentamente, muy despacio, por un camino largo, extrañamente enredado por los años y edades sin cuento; y poco a poco se iban volviendo estatuas de bronce en ese viejo laberinto, mientras las aves picoteaban sus cabezas...

Cada picotazo era un día en las tinieblas.

6- “Debes mirar con atención, estar atento a los anhelos de los cielos. Ellos no vendrán a ti; tú debes subir, olvidando los errores, las penas, los murmullos opacos de los mundos.”

El monje loco me decía esas cosas y me miraba con su mirada extraña, que no sé dónde exactamente se posaba; pero no era en nada que pudiera uno entender; se hundía en un cielo distante, absorto en los confines sin edad; al menos eso parecía, cuando sus miradas se confundían con las palabras.

“Busca lo eterno; busca lo inmortal. Tú eres lo eterno; lo sabrás cuando te des cuenta que no eres este cuerpo. Estás por encima de la confusión; la dualidad pertenece al mundo de abajo; mas nosotros vemos lo Uno, y allí el bien y el mal son una carcajada ingenua enredando a los ilusos. Pero hay eternas noches antes de empezar el día, y tu mundo no es más que un tiempo entre un tiempo y otro tiempo, entre un comienzo y un final, entre un alba y una noche. Pero el que mira salva la distancia, conoce la expansión del éter, el lugar sin lugares ni distancias, y así vuelve a la cuna de los siglos y las cosas. Pero recuerda: primero debes amar esa noche que es también un sol, desenterrar los diamantes para que iluminen en la encrucijada. ¿Tienes los diamantes? ¿Y tie-

nes el permiso de tu amada? ¿Forma parte de tu rostro su mirada?”

Luego, como un prestidigitador, de entre los pliegues de una de sus mangas sacó un papel herido por los siglos, con un sello redondo dividido en cuatro partes iguales; y en cada cuadrante había una letra o signo desconocido para mí. “Debes borrarlos con tus ojos y hacer que los cuatro sean uno solo. Entonces verás que debajo de ellos hay mundos infinitos, y podrás ver el tiempo y el espacio como una sola cosa, convertidos en una flor que nace en el fondo del laberinto cósmico, reflejada en tus propios ojos, pero no podrás pestañear. Un ángel detendrá tu mirada en cada uno de esos cuatro pétalos, sin que puedas pestañear ni recordar nada del pasado. Los resplandores de los cuatro puntos cardinales herirán entonces cada uno de tus ojos, hasta que uno a uno de los cuatro pétalos dejen de abrir y cerrar los mundos, todos los mundos, los que existen y los que no existen... Y así debe ser, hasta que los cuatro se conviertan en dos, luego los dos en uno solo, y al final se hundan en lo inmanifestado, en lo innombrable, en lo innominado desde siempre.”

El monje loco puso su dedo índice derecho en el centro de ese sello misterioso, y de allí surgió un sonido que poco a poco envolvió la noche con su canto oscuro; y todos los sueños de los durmientes salieron de la flor mística; se formaban de aquel sonido. “Son las voces de las almas que no distinguen el camino”, me dijo; “poco a poco tendrán que volver sobre sus propios pasos, pero no tienen a nadie que los guíe; sólo hacen conjeturas, especulaciones sin fin, y la mayoría ni siquiera ve el embrollo de sus pasos perdidos.”

“Tú eres lo eterno; pero no lo eres hasta tanto no lo sepas. El saber construye, destruye y enmaraña lo real”, se leía, con letras góticas rojas, alrededor del sello que tenía los cuatro signos, en ese papel antiguo que parecía tener un secreto inextinguible. Ahora, cada que lo abro, pierdo el contorno de mis mundos ilusorios y recobro la memoria de una eternidad perdida... Entonces, el mundo desaparece entre los ojos.

7- “He visto tu sombra pegada a las paredes. No dejes que la nostalgia congele tu corazón, tu ánimo, tus ideales. No puedes abandonarte, dejar que tu sombra te aprisione en tu morada. Mira no más: yo mismo fui una bruma en el tiempo, un tiempo entre las brumas, un desconocido por mí mismo, un afán de dejar de ser yo mismo, un deseo de ser yo mismo, una sílaba perdida, un mudo para el mundo, un alucinado, un descenso en el abismo...”

“He visto tu sombra pegada a las paredes...” repitió esa voz; y luego él frotó mis ojos con sus dedos, y con ambas manos me movió la cabeza tres veces, hacia delante y hacia atrás; y así separó este cuerpo de mi verdadero yo. Yo era el otro, el que cruza los abismos, y la sombra me seguía... me seguía dócil, mansa... ya no estaba dispersa entre las brumas, ya no había muros asombrando mis miradas.”

Los mundos eran nuevos y sin embargo eran iguales; tenían un color que las distancias alumbraban por igual; la noche dejaba sus sueños a un lado, y comprendí que los sueños dormían en sí mismos, no se apiadaban de nuestros

sufrimientos: eran los rostros de las cosas sin su verdadero rostro. El instante no tenía medida, un presente me separaba del pasado y del futuro... Había perdido las cosas, mas sin embargo las había recobrado; estaban en mí mismo, y a pesar de todo no me pertenecían. Yo había vivido en un espacio en donde iban y venían mis propios laberintos, pero ahora tenía la certeza de existir diferentemente a como lo había hecho antes...

Un testigo me llevaba de la mano. Éramos uno solo desde siempre; dos seres, dos rostros y sin embargo uno... el mismo, entre las alteridades de un tiempo enajenado.

8- “¿Has oído esa hermosa canción: “Jamás hallé mujer de quien quisiera tener hijos, si no es esta mujer a quien amo: ¡porque yo te amo, eternidad! ¡Por-que yo te amo, Eternidad!”? Esa canción aún resuena en mis oídos, aún me acuerdo de ella en mi profunda noche solitaria. Sin embargo, mi eternidad no es esa. No huyo de las sombras que viven para siempre, pero tampoco las busco hasta el desvelo de la sinrazón. La eternidad seduce a los durmientes, a quienes no han conocido su propia eternidad. La eternidad cura a la eternidad, se contrapone a ella misma, se anula en su esencial simplicidad.”

“Oye esa canción; síguele su ritmo, encuentra su cadencia, sus modulaciones secretas. Hasta las piedras guardan, esconden ese son. ¿No las has escuchado, en medio del silencio de la tarde, cada vez que afinas tu alma con el viento? Y si acaso no lo puedes, trae un caracol desde la otra orilla del camino; búscalo despacio, con pasión, con ese amor que desgarras las mentiras y los odios del abismo. Todas las mañanas hay uno; sólo uno, en la orilla más estrecha de los ríos antiguos. De él salen ecos de esa eternidad perdida”, me dijo esta vez el monje loco, mientras, sentados en la cúspide de la Montaña de las Brisas Efímeras, esperábamos un abrazo perfumado de la luna.

9- “Hay un lugar, un lugar difícil de encontrar. Es la soberbia, la ingenua suficiencia de los seres humanos lo que no les deja llegar hasta allá. Suponen muchas cosas, suponen la dificultad, suponen que no hay conocimiento capaz de transportar a ese resplandor. Es la máscara, la odiosa máscara que pasa de una edad a otra, de mano en mano sin descanso ni razón. Y también la probidad embellecedora, la trampa que ahogó la sencillez. Milenios de laberinto han empolvado el sendero, han cubierto los rostros y las miradas con su sombra. Tal vez, al cabo de los tiempos, uno que otro sienta el hastío, el extrañamiento; pero la máscara, firme y fija sobre el rostro, como está, seguirá arrimada a la ceguera de los extravíos, al deambular ebrio entre las edades.”

“Y hay un lenguaje sencillo, algo sin afectación, algo para ojos inocentes. Al sesgo no puedes distinguir aquello, ese núcleo de las cosas; mas está a la vista, asombrando con su sencillez, pero nadie entiende nada.”

“Hundido para siempre en lo paradójal, debes usar la máscara, la justificación,

haber congraciado con los heraldos de la mistificación, haber enredado y desenredado la madeja con ingenio, exaltando la imaginación con arduas labores, reprobando la simplicidad.”

“La sospecha hacia la sencillez, el delirio de la profundidad... Las sombras complican, dan espesor, enriquecen las cosas con su variedad. ¡Qué complejidad hay en las sombras, en la multitud de aconteceres sombreados por la profundidad! Y la complejidad de las luces... ellas hacen el juego opuesto de las sombras; forman una sola cosa con ellas, no se pueden distanciar nunca de ellas, se explayan con su exuberante proliferación... variedades de la multiplicidad. Mas la Luz Una, la sola Luz... la diáfana sencillez de la Luz, esa nadie la miró, absortos como estamos en el enredo y desenredo de los mundos...”

El monje loco no creía en la sed de la razón, pero la sinrazón tampoco era su camino. Quizás su larga estancia en la noche más intensa le había abierto sus ojos a una luz desconocida, esa lumbrer misteriosa que empañaba su mirar lejano, entre esos ojos indescifrables que habían horadado el secreto de los laberintos...

10- “En el abismo de los cielos nació la esperanza, al abismo de los cielos debe volver. En la tierra guerrearán los titanes, el dolor es un círculo de fuego. Pero no te confundas; no creas que el cielo es distinto a la tierra; los dos son el refugio del alma, los nichos donde el anhelo confunde con sus lenguas a los extraviados. Cuando veas el cielo, verás que la tierra es el cielo mismo, envuelto en sus propios mantos del olvido. El cielo y la tierra son dos gemelos; nacen juntos y juntos volverán al gran silencio, cuando tú estés por encima de ambos. Al placer y la gloria, al dolor y la furia, míralos bien; anda entre ellos, pero enciende tu lámpara, no sea que te causen estragos y confundan tus pasos en la morada de los desterrados.”

Y diciendo esto, el monje loco unió su sombra, que proyectaba sobre el muro, con su cuerpo que brillaba débilmente a la luz de la luna; los dos se convirtieron en una sola cosa sobre esa pared blanca en medio de la noche, mientras los sudarios del sueño enajenaban mi presencia hasta el destello de la aurora.

11- “Yo fui un iluso. Busqué en los templos, en las confesiones, en los atrios donde resonaba la voz de los predicadores y de los embaucadores. Mis oídos no se saciaban; quedaban a la espera de algo más que aquellas historias de promisión. Las bellezas consoladoras eran campo estéril para mis anhelos de profundidad. Impertérrito, me aparté entonces de los caminos cubiertos de incienso y de ceniza, transgredí las súplicas y lamentos de las multitudes, y me desnudé en la soledad de mi propio encuentro entre las brumas; me abracé a mí mismo con mis propias manos.”

“Un día herí las nubes que me separaban de mi propia puerta; se oscureció el semblante de mis anteriores templos, me apoderé de la razón que daba razón

a mi misma razón. La desnudez brotó de mis palabras, recordé una música desconocida, y ya no me tembló más la lengua ante mis propios labios.”

“Siete búhos aparecieron en la pila de mi patio antiguo y extendieron sus alas hasta el firmamento. El mundo quedó sepultado, cubierto por esas alas negras que crecieron hasta el cielo. El portero de mi huerta me entregó las llaves de un reino que yo no conocía, y todos los libros perdieron su encanto para mí. La noche me había recibido en su seno inmenso, y desde entonces se me reveló ella como la madre de los anhelos más secretos. Cubierto de silencios y de olvidos, me refugié por siempre tras ese velo que arroja los misterios, y ya no pude aceptar más dudas en mi alcázar heredado de los siglos.”

“Y hay cosas que no las saben la razón ni los filósofos de este mundo. Hay cosas que las sabe solamente el corazón, y otras que las sabe el cuerpo, entreverado con su propia oscuridad; y hay cosas que las limita la sabiduría del mundo, marcando sus propios hitos a los anhelos de la eternidad. No esperes que la muerte te depare sus secretos después de la última jornada, cuando ya no seas nadie entre las sombras. La muerte a veces aconseja bien, pero no sabe dar la luz de la vida; ella no existe tras su propio sortilegio; persigue a la existencia con envidia, atemoriza la intrepidez de la libertad y juzga con ojos temerosos aquello que no entiende. Seguro no comprenderás nunca muchas cosas, porque la vida es un cofre rebosante de enigmas y sorpresas, más inmensas que la capacidad de los saberes efímeros; y la muerte quiere sembrar allí su semilla irreparable. Hay un círculo eterno que arrastra los destinos, mientras tú te embelesas con el rastro de las horas, con el pacto eterno del cansancio que vence las miradas y las cosas.”

“Y prefiero no hablar del amor, ese embellecedor de los cándidos y de los anhelantes de dulzuras fugaces. Guardo mis afectos sólo para lo imposible, para aquello que en tu huerto es solamente una esperanza incierta. Pero no debe importarte; la esperanza es lo último que se recobra, cuando uno ya no tiene ninguna esperanza.”

Estas fueron las últimas palabras que me dijo el monje loco. Prometió volver, cuando yo haya conquistado al menos siete vigiliass en los Valles de los Ángeles Desconocidos, cuando los siete búhos del silencio me hayan dado cada uno su secreto. Pero aún no he podido separarme de mi propia sombra, y tampoco he logrado convertirme en un solo ser con ella entre mis días.

He olvidado mi nombre, pero lo encontraré, algún día, en el pozo de mi huerta.

V

EL DESVELO DE LA RAZÓN



Un ángel recorre todo el tiempo...

1- El ser humano ha visto todos los rincones del mundo, menos uno: a sí mismo.

2- La verdadera duda no comienza con Descartes; inicia su acecho con Kant, culminación de la inteligencia. La mirada es introspección que limita; la razón, apogeo de la impotencia.

3- Nietzsche, Bataille, Cioran. Tienen ojeras de tanto mirar el peso de las palabras. Son héroes del criticismo, graves torrentes de ideas, buscadores imposibles de lo verdadero. Aprendieron a bastarse a sí mismos, a sentirse únicos en su aventura espiritual, a iluminarse a sí mismos con la bruma intelectual, con sus aforismos intrépidos, escandalizantes y llenos de anatemas. Tienen algo bueno: se han librado de toda autoridad, son la autocracia irremisible de los pocos. Han recorrido círculos concéntricos en torno a ellos mismos; orgullosos, cándidos en su propia infatuación, pedantes, neurasténicos. Empezaron la aventura pero se enredaron en sus propios ojos; graves, terribles, olímpicos en su pretensión. Intelectuales, genios en su gravedad. Nietzsche es ego puro; Bataille reclama gloria pero llora como un niño; Cioran no se soporta a sí mismo.

Se encuentran una tarde, atraídos por su semejanza. La existencia los ha librado de la multitud; se hacen y construyen a sí mismos en su risa desafortunada. “Hemos pasado junto al camino, pero tal vez lo hemos visto demasiado lejos para ser cierto”, dicen los tres. “Sí; pero mi experiencia no es la tuya ni la tuya”, dice Nietzsche. “Yo creía ser tu único discípulo”, objeta Bataille. “Y yo sólo he seguido el tormento de mi propia duda”, replica Cioran. Sin embargo, se entusiasman juntos; ven en sí mismos el camino que aparta de las dudas y de la ignorancia. Entran en un bosque. “Celebremos aquí nuestro rito secreto”, dice uno. “Pero si no tenemos ninguno”, añade otro. “No importa; inventemos uno, hay un ambiente aquí propicio”, concluye el tercero.

Los árboles son muchos; altos, tupidos, llegan hasta el cielo. Se acuerdan del árbol de la ciencia, del bien y del mal. De pronto ven que no son árboles; son espejos, reflejan multitudes de nietzsches, batailles, cioranes. Se confunden entre sí; no encuentran sus propias lenguas ni sus propios cuerpos; han perdido sus identidades en esos reflejos imposibles; han caído en la oscuridad muda de sus propios nombres. Pero los espejos no son espejos; ahora son tumbas, y hay muchas tumbas en ese bosque solitario. No los llaman ni tampoco los intimidan; son demasiado grandes para morir, han librado su genio de la vida y de la muerte, al menos en sus sueños de grandeza.

Cioran siempre anheló la muerte; nunca se acostumbró a esta desgracia de existir, pero ahora la rechaza por considerarla pobre, irrisión ilusa de los san-

tos; y él no es un santo; es un héroe de su propia sombra. Y Bataille se burla de las tumbas, diciendo: “Tengo el éxtasis de los santos; no quiero tumbas ahora, necesito vivir hasta el límite de lo posible”. “Dejemos que las tumbas se lleven a sus muertos; yo decidiré cuándo morir; eso forma parte del deseo de los héroes”, argumenta Nietzsche, cavilando un poco, maravillado por el momento presente. En ello, las tumbas dejan de ser tumbas, vuelven de nuevo a ser espejos. “Mirémonos bien; somos Hiperbóreos; estos espejos nos lo confirman”, explica Nietzsche; mas su voz salía ahogada, aletargada, parecía vencida por lo inconcebible, por lo indefinible y sin contornos. Y es que, a la hora del crepúsculo, la tarde era ya un cansancio entre los ojos, la sombra cercana de la noche era muy pesada, nublaba los pensamientos y el deseo de entender las cosas. Entonces, los brillos de los espejos no eran más que un tenue resplandor, las voces no pudieron encontrar sus propios giros, las palabras se perdían en el mutismo de la oscuridad; y la alucinación del bosque inició su eterno retorno... Los espejos son tumbas, las tumbas son árboles... los árboles espejos... los espejos tumbas...

El laberinto creció hasta el cielo y cubrió la noche, añadiendo más sombras a las sombras; y las voces se confundieron en un pozo de silencio... Ya no había ojos mirando a ninguna parte; no había un lugar adónde mirar... sólo se oía el graznido de los cuervos.

4- Nietzsche pensaba demasiado; sucumbió, lo abrumó el pensamiento. Al final de su vida se abismaba en reproches sombríos, se confiesa como un fracaso, su incertidumbre es como el eclipse de un sol sobre el desierto.

¿En dónde queda el Superhombre? Su megalomanía lo lleva a afirmar que tenía la inteligencia más grande desde Aristóteles. Pero es preferible una mente y un talento medianos, modestos, con el resplandor de un sol tibio, claro y pacífico sobre el alma.

El pensamiento, el gran pensamiento es una prodigiosa máquina, pero inútil a la hora de la paz y de las certidumbres doradas por el corazón.

5- Nietzsche es una luz sombría; sus ojos penetrantes alumbran débilmente, como en el fondo de una cueva oscura; sus chispas incendian a veces un bosque perdido en la distancia. La distancia es tan grande, que nadie logra verla. Escribió el poema más hermoso, más seductor y suspicaz de todos los poemas: “Así hablaba Zaratustra”. Profundo hasta el desvelo, mezcla extraña de un odio viril y de un bello amor, mixtura de toda hondura del alma, destilada con la sangre.

Sutilezas develadoras se esconden como surtidores en su escritura fragmentaria. Nietzsche, un equívoco. Un ángel de Papini le dice: “Muchos vieron en ti —autor temerario del Anticristo— el enemigo más corrosivo de la Cristiandad. Y, sin embargo, yo descubro todavía en tu vida y en tu alma, la marca imborrable del fuego de Jesús”.

6- Leyendo “Mi hermana y yo”, he ido señalando sus páginas con la foto de una niña hermosa, de ojos grandes y bellos. Quizás yo he buscado en Nietzsche una belleza grande y profunda. Es una belleza que confunde, que vulnera y destierra la belleza, en medio de tanta megalomanía. Cuando por fin lea su “Voluntad de poderío”, “Ecce Homo”, “Más allá del bien y del mal” y “Fragmentos póstumos”, tendré los ojos cansados de paciencia. El resto de su obra lo he soportado todo, a veces con la angustia de lo verdadero; porque, de todas formas, él buscó la verdad de la verdad, la verdad de la mentira, la mentira de la verdad, la mentira de la mentira. Su crepúsculo de los ídolos le sobrevino: lo refleja en “Mi hermana y yo”. Allí está su verdadero ocaso. Se decepciona uno, pero ya estaba uno acostumbrado a todos los desencantos, como su Zaratustra que cantaba y bailaba en solitario, después de volver a su cueva, hastiado de los hombres.

7- La megalomanía de los falsos dioses es odiosa; es preferible otra máscara para ocultar los complejos más terribles. A veces los dioses son tan mezquinos y pequeños, más aun cuando uno debe verlos como algo grande.

8- Gibran me enseñó otras palabras. No es insolente como Nietzsche, y es humano, demasiado humano, tanto como divino, demasiado divino. Está muy cerca de los hombres y muy cerca de Dios. Es el arte y también la ciencia. Sus palabras tienen un vino dulce; enajenan con un sabor sagrado.

9- He admirado a Krishnamurti durante mucho tiempo. Su lenguaje es tan sencillo, que escapa a todo vulgar entendimiento. Casi nadie capta esa sutileza; los prejuicios propios embrollan ese latido de profundidad, esas palabras escurridizas y sencillas. Para mirar el alba sólo se necesita ver el alba, y nada más.

10- He sentido de nuevo la urgencia de renunciar, de dejarlo todo; de abrirme al vacío solitario, a la mismidad sin nombre que recibe de las cosas nada más que el abandono. En el abandono se sepultan todas las querellas. Atrás quedan tanto la nostalgia como el fragor hirviente de los mundos. Allí el ojo del mundo estrena su pupila, se abre a un sol que nada pide; toca la insondable forma de la serenidad. No hay serenidad más espléndida y carente de todo, como esa tranquilidad que auguran los sepulcros y el silencio de la noche, o el silbido del arroyo perdido entre un bosque umbrío, donde el recuerdo de una estancia lejana nos pone a paz y salvo con el mundo, con la sangre, con el espíritu. Es allá adonde siempre he querido ir; es allí donde escucho una voz que no hace lisonjas al doblez de la mentira. Allí, ni rastro del afán humano que carcome las obras de los hombres. Allí sólo un eco de otredad, sólo una mancha que se explaya como el éter informe en su propia hondura. Se sube más allá de un dolor, más allá de un olvido, más allá de cualquier esperanza, más allá, incluso, de las dudas.

Y cuando vienen los recuerdos del afuera, se aceptan con desinterés, se entra en ellos sin tocarlos. Breve sombra que protege, el vacío de la íntima estancia deja crecer su alma entre las sombras; y es lícito sembrar con esperanzas el mundo en esas latitudes. A lo mejor hemos de jugarlo todo para no renunciar a esa dicha extraña, si es que se puede obtener aunque sea una gota cada día, un destello al final de la faena, un sorbo en cualquier minuto de una noche ventilada por la gracia.

11- ¿Alcanzar la fortuna de ser uno mismo? Bien vale la decepción, la continua decepción que nos empuja hacia un escepticismo creciente. Sólo así echamos por la borda falsas glorias, las creencias fútiles, ingenuas, sin fundamento ni sustancia.

Llenarse de renunciaciones es quizá lo único que vale para construir algo de interioridad, algo de plenitud inconforme. Sólo una plenitud serena es capaz de reír en soledad, reír de verdad; con esa risa silente, inteligente, que es tanto como una adquisición que procede de la comprensión de lo esencial. Las renunciaciones desnudan el ego, siempre y cuando se comprendan como dejación, incluso, hasta de los anhelos de plenitud, y siempre que se entienda que continuamente nos mentimos en casi todas las cartas del destino. Si no, nos habremos contentado con un punto equívoco del reloj, detenido entre las horas de una realidad sin fondo.

12- Fondo de uno mismo... de aquello se presiente su misterio inobjetable... una luna sin rostro se asoma en el abismo... un astro difuso se toca de vez en cuando, si somos capaces de retroceder al lugar primero y último. Una instancia que lo sitúa a uno por “fuera” de uno mismo, en el “sí mismo” que descubre su significado totalizador... Tú mismo, el auténtico existente, la revelación más genuina de la realidad, nicho del espíritu que comprende la unicidad de la conciencia.

Fondo de uno mismo... luna perdida en el sereno... continuamente ocupada por las apariencias, disfraces dispares de un nacer extraño... y ellas mismas son ese fondo.

Torre de donde emerge la visión: lo que uno es, lo que uno no es. Uno se queda como lo que se es desde dentro, o como lo que no se es desde fuera. Surge una identidad cuerpo-espíritu y al mismo tiempo nada, lugar primero del ente existencial. Se ve uno mismo alumbrando un silencio pristino que es el saber de sí mismo y de ninguna otra cosa... El cáliz se contiene a sí mismo, el licor se sabe a sí mismo, se sumergen los ojos y desnudan su apariencia...

13- Todo y nada es esta conciencia de sí mismo: el saber y la ignorancia, la imaginación, la certeza y la duda, lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, el antes, el ahora y el después, la totalidad y la nada.

Hemos visto todo y no hemos visto nada. Y nada podrá hacérselo saber, salvo ella misma, en forma inesperada. El destello irrumpe, los ojos tocan un albor,

ya no se es el mismo para siempre. Desde siempre hemos sido ello, y desde siempre lo hemos ignorado.

Súbita pasión de númenes bordeando la mirada...

14- El yo lo es todo; el problema infinito, la música del alma, estridencias y armonías; lo más obvio y lo más nublado... primera y última estación de la existencia. Debemos inquirirle a él su propio nudo. ¿Es que acaso no le conocemos? ¿Y si le conocemos, por qué preguntarle? ¿Dónde su sustancia, su tiempo, dimensiones, origen y destino? Por si tú no le conoces: todas las preguntas son él mismo, su sustancia se enmaraña en su propia luz... su luz es el abismo insondable.

No me hables de él. Míralo, más bien; es tu propio ser, suspicacia de un delirio opaco. Algo lejano aparece entre los ojos, la ventana se explaya en el afuera, un velo inútil de palabras y de gestos... vienen de él, vuelven a él en el silencio. Vanidad de las palabras: lo cubren para tratar de descubrirlo; lo dibujan con líneas que lo borran. Como una cita imposible, no entendemos que no lo hemos entendido... niebla para siempre, rasgaduras entre la memoria... Y sin embargo todo es él, esta maraña del espíritu.

Ignorarlo es cómodo; hay un fingimiento, un presunto gris, la ráfaga del viento golpeando el infinito... Y sin embargo todo es él, esta maraña del espíritu.

Suscitar su presencia, atender al momento impredecible cuando se alza desde la ausencia y el desvarío invierte la mirada... Pero, ¿qué digo? ¿Cuándo está ausente esta presencia, que siempre está presente? Los abismos nacen en el sueño de un desierto sin andar... las túnicas han caído sobre el mundo... Y sin embargo todo es él, esta maraña del espíritu.

Fenómenos, estaciones, horas, segundos, memorias de actos transgredidos por el tiempo, esperanzas que no llegan... Urdimbres de hilos finos, irrealidades siempre nuevas haciéndose reales en el tiempo de este tiempo...

Todo es este Yo, este perdido en sí mismo, este extraño para sí mismo, toda la conciencia de las cosas, todo el mundo en este mundo.

En su propio seno se despliega este vórtice infinito: infinito en ausencias, infinito en presencias; infinito en su propio desconocimiento, infinito en su conocimiento. No se da cuenta que ya se sabe a sí mismo, no sabe otra cosa que a sí mismo... Así tejemos la historia en la red espectral de las contradicciones, en la vacuidad ilusoria de los mundos... Y sin embargo todo es él, esta maraña del espíritu.

Penélope se protege a sí misma mientras Ulises no ha llegado: la red se cubre con sus propios hilos; el tiempo se infinita en los brazos del amado ausente.

15- Hacer de uno mismo el objeto del conocimiento... lograr un reflejo-reflexión a la manera de espejo donde vemos nuestra propia imagen. Imagen, ved tu eco en la distancia sin distancia, en la distancia que se suprime a sí misma.

¿Acaso puedes tú dejar de ser tú mismo? ¿Acaso puedes ir en contra de lo que

se es, dejar de conocer lo que se es? La imagen es el ser, el ser se ve a sí mismo en la imagen. Aun desconociéndote, tú ya te conoces; eres la mismísima pregunta, el extrañamiento y el encuentro.

No corras detrás de los espejos; enfréntalos, míralos de frente pero no dejes que ese lago de mercurio te saque de tus ojos; no dejes que el oráculo se parta en mil pedazos; no dejes que tu sombra vaya tras tu propia sombra... no dejes que lo ficticio venga a tu propio encuentro, te halle dormido al lado del camino... y te duermas en tu propia imagen...

16- Pero no hables más de esas sombras; lávate el semblante, porque el yo es la realidad. Realidad, niebla que oscurece su extravío. Se explaya en el afuera, se aferra a la forma, se aliena en ella misma; desespera por perderse en ella; se paladea un sabor, a costa de perder la mismidad en la ausencia de su propio rostro. Y hacia el interior, mismidad que pugna por el reencuentro en lo prohibido. Prohibido, porque se le desconoce y se ha perdido en el camino... Se presiente un misterio: el misterio se hace perceptible, pero no por ello deja de ser un misterio; se ahonda en su propia hondura, y se adelgaza en su transparencia... Alguien recoge el polvo del camino... alguien sube al final de los desvelos... un árbol amanece en la madrugada...

No hables más de esas sombras. Entender que no nos conocemos es comenzar a conocernos; es empezar a comprender nuestra falta de sentido. La nada, la ausencia de sentido, la ilusión de creer ser algo. Sonidos del asombro vienen de lo más lejos o acaso de lo más cercano a uno mismo... Vienen y se van, como el transeúnte perdido en el camino. Y sólo al final del camino se encuentra un camino... cuando se comprende que ya se lo había recorrido... que todo era lo que es, lo que era, lo que será.

17- Un movimiento interiorizante nos acerca al objeto de nuestro deseo; pero en tanto permanece como objeto, no superamos esa distancia... Deberíamos entender que estamos lejos, que nuestra visión está escindida, que la cercanía es el reconocimiento de la identidad. Al suprimir esa distancia conseguimos una unidad instantánea: aquí nace el resplandor, punto totalizador, significativo como existencia. El ojo interno, el que estaba ausente se presenta, se ilumina a sí mismo en su propio fondo... La mirada que se busca a sí misma no sabía que ella misma era lo buscado... Las nieves se deshielan en su propio lago, alguien ha dejado su mensaje en los enigmas... alguien ha corrido la cortina de la madrugada, alguien descubre sus huellas en el bosque... Las palabras solo sirven para crear un tenue contraste con las sombras... hasta tanto la conciencia se reencuentre en su propio círculo... hasta tanto tú llegues a ser tú mismo... hasta tanto el que mira y lo mirado sean la misma cosa.

18- Este mundo... vaporosa realidad. Tener siempre los ojos hacia dentro es lo único necesario para un alumbramiento de lo verdadero. Las sábanas se vuelven nuevas cada vez que iluminan la noche con el sudor de los

desvelos...

Una flor entre las ciénagas no deja que se hunda la mirada

19- El hombre ha empañado el mundo. Creó celdas y apolilló los sueños, no alcanza la resignación de encontrar otro destino. Los seres cubren con su oscuridad los días y las noches. No hay sitio para otras cosas más que el pulular de las ciudades, las habladurías, la pedantería, los brillos en metal, cubículos esplendorosos, sillones cómodos y razones de último momento sobre las agendas y concertaciones. La medianía se tiende como red sobre las conciencias, lo mismo que las marcas de lo obvio, lo tangible y útil.

Una tristeza lanza destellos sobre las montañas, el cielo llora sobre el sueño, un ángel gris recorre todo el tiempo gritando a los cuatro puntos cardinales, un vapor infecto opaca los paisajes y las cosas, pero todos se fueron, sin saber por qué, a proteger los días contra las amenazas inciertas que venden los pregoneros y las ceremonias elegantes. Los heraldos de la muchedumbre distribuyen premios para los esfuerzos de las vanidades.

¡Y, aun así, recuerdan esas palabras en sus templos: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad y apacentarse de viento”!

20- Me quedo a escuchar el menudear de la lluvia sobre el prado y los tejados, en la noche húmeda. Entre todo este fantasma mundo, pretendo entender lo inalcanzable; tengo ese orgullo, ese pecado, esa soberbia. Me siento solo en un mundo lleno de voces perdidas de la muchedumbre. Son como ecos lejanos que no entran en mi alma.

Pero lo extraño es que el ver no usa toda su potencia para alejar, de una vez por todas, aquellos extravíos entre las cosas. Al siguiente rato, las idas del sí mismo han oscurecido por completo la pequeña gran distancia que nos separa de la lucidez; y en esto, el saber es un convidado de piedra, un verano que ahoga y quema el instante presente; y el recordar que se puede ser, tampoco muestra su poder iluminante. Es la inercia del espíritu, cansado en su propia aurora.

21- Angustia, alas negras atormentan el alma. La he visto ocupando los diversos rincones de su miedo, escapando de un lado para decir en otro: aquí no habrá esa niebla, aquí hay seguridad. Naturaleza del engaño, permanecemos a la deriva en un camino de evasiones, suposiciones, consolaciones para embrujar temporalmente las distancias; ideales movedizos entreabiertos a la trivialidad de las cosas.

Sigo huyendo para perderme cada día más; pero el camino que me pierde es el único que desespera por mi encuentro.

22- En espejos empañados asomamos un rostro complaciente... Los ojos sonríen con el engaño, el amor propio se viste de mil formas. Descartar la mentira es imposible; somos mitómanos; nuestra creación más di-



Y te halle dormido al lado del camino...

ciente de mentiras es nosotros mismos; ante uno mismo, ante los demás. Es la cara sumisa de lo que se quiere ocultar, como si se cobrara realidad a través del fingimiento, como si se ganara gloria con la farsa de las máscaras.

No he dejado de ser yo mismo. Mi paso por los días no toca aún el rincón de la sinceridad.

23- Comencé a buscar como creyente, ahora soy un escéptico. Pero en la medida en que crecen las dudas, aparecen las pocas certezas. En el fondo de la angustia, el sí mismo es capaz de mirar esa desolación sombría, y allí hay un preámbulo, una pequeña certeza que no se ajusta a una creencia, a ninguna necesaria fe, ya sea convencional o confesional.

De espaldas al mundo, se siente una sola necesidad: libertad para ser sí mismo, libertad total. Libertad, incluso, de la libertad.

24- La polivalencia de las estructuras ideológicas es todo un engaño paradójico. Todo sucede en la conciencia. “La conciencia es toda la realidad”, ha dicho Hegel. Ambivalencias relativas, truculencias de la psiquis, fenomenología de un yo preso en sus propias creencias. La creencia misma es una de esas relatividades corredizas, resbaladizas, inciertas. Se necesita poder mirar desde el sí-mismo, que es como el lugar anterior a todos los modos y cambios de conciencia, pero él mismo es otro de esos modos; él mismo es otra de sus transformaciones tráfugas de la realidad.

Comprendiendo esto se llega a la indiferencia: esto y aquello, externo e interno, verdad y mentira, bien y mal; vestuarios mudantes de una misma cosa, alternancias de lo mismo en la “diferencia”.

25- Todos los días observo la vida. ¿Qué más puede uno hacer?

Acercar el oído a las cosas, esperar los hechos y las voluntades, entender que se es una pequeña ficha en el ajedrez del destino. Se dejan los presagios, se dejan voluntades, se acepta la escueta realidad. Los nudos y los sortilegios se han quedado mudos... al menos por ahora.

26- No se necesita ser sagaz para darse cuenta de que, junto al bello crecimiento del tallo con su flor, acaecen las espinas... Lo anormal es querer cortar todas las espinas.

27- El rostro cansado y dolido de mi madre enferma revela mi impotencia frente a las cosas; merma mi poco humo de optimismo. Siempre se admite la adversidad como algo inevitable, como algo que está prendido a las cosas como sombra inseparable.

El azul del cielo sigue siendo azul, sin embargo. La fiesta de las nubes es indolente ante los hechos dolorosos. Los dioses brindan un nefasto cáliz a la condición humana.

28- Los griegos no pudieron curar la vida. Sus filósofos acecharon tras lo verdadero y sólo encontraron contradicciones inherentes en todos sus sistemas. Quizás los dioses, ese invento de la ingenuidad, no resistieron el fragor de la fábula. Los escépticos, los cínicos y los irónicos desnudaron la inutilidad del ideal. Y los poetas aceptaron la tragedia como algo inevitable; hicieron de la máscara el arte, el fingimiento. La poesía es fábula, es fingimiento; pero no es el saber ni la cura de la realidad.

29- La luz y la sombra, dos inseparables del continuo espacio-tiempo llamado realidad. ¿Qué sería de esta vida con sólo luz alegrando la eternidad del tiempo? No habría dialéctica, transformación, crecimiento ni duda, ni ocasión para abrir la pregunta de las cosas, la herida de los dioses. En la pugna somos medidos por la fuerza de las circunstancias, la polaridad escribe en nuestra piel el vencimiento, la aceptación o la renuncia.

30- Se ruborizan los dioses cuando nadie se acuerda de ellos; nos someten al yugo del miedo y la felicidad; nos obligan, reclaman o abandonan, hasta que somos capaces de mirarlos cara a cara. De hito en hito se descubre esa estrategia, ese ojo que descorre el velo, el ascenso numinoso.

31- Yo me he cansado demasiado a tiempo, demasiado cerca de mi ayer, demasiado pronto ante mis años. ¿La mitad de la vida es, acaso, la mitad de mi próximo vacío? A veces olvido que aun debo acabar de vaciar mi empañada existencia.

32- Haced un embrujo para despertar los ojos interiores, para el sortilegio de las fuerzas secretas que mueven este Universo mágico, místico, misterioso, colmado de presagios eternos. Sólo así podréis mirar a los dioses cara a cara.

33- A veces silencio mis escritos. El ritmo interior me deja anonadado; pierdo las razones o las sinrazones, que tienen más encanto que la lógica aburridora de las cosas. El pudor ejerce su buena autoridad sobre el criterio; lo deja en suspenso, al borde de la libertad.

34- Observar es un acto de sigilo; de continuo aprendizaje sobre uno mismo, de continuo enredo y desenredo de la psiquis.

35- Cierta estado interno no es más que veleidad, ausencia de toda seguridad, con respuestas equívocas todo el tiempo; precarias suposiciones sobre los aconteceres de la vida. Es necesario un anonadamiento capaz de exprimir toda su petulancia y descreencia, su aburrición, y también su placer temporal.

36- El placer deja de exigir condiciones, lo sitúa a uno en inmediatez con la frivolidad, el abandono, la dejación de toda presunta seriedad. Pero es tan necesario como el cuestionamiento de lo fundamental; y es tan natural y liviano, tan exigente y útil para el anonadamiento...

37- La nostalgia no ha surgido de repente; ha estado acechando desde antes, con toda su insatisfacción difícil de entender. Nostalgia... mi última grada del día, mi último escalón en la noche, mi última anticipación al vacío abismal de la noche...

38- No hay ninguna consistencia en los días que prometen auroras. El desierto, la ausencia, el dolor de haber querido ser. Se vuelven las distancias contra uno; hacia el olvido, hacia la desesperanza, hacia la tierra de nadie. Sólo la promesa de la incertidumbre, un sentimiento opaco, la nostalgia, la melancolía.

Se deja uno opacar como mortaja que se abandona sobre las heridas y no se la mira más... No se desean las distancias ni las presencias... Es la vaguedad triste de la inconsistencia que doblega el ánimo, y uno se rinde pasivamente. Los momentos se quedan largamente, alargan una cola de instantes con su pesadez, pocamente vivos, dispuestos como parches sobre el tedio...

39- ¿Qué me puede importar una decencia perdida para el saber, una decencia que cultiva el olvido de lo fundamental?

No puedo olvidar todos mis esfuerzos pasados, aun en medio de esta brisa serena que me toca el alma, después de haber renunciado a toda esa decencia. Pero quedarse en un goce, sin fatigas medulares, es aún más peligroso. Debo seguir hiriendo las preguntas, laceraciones del espíritu, querencias esenciales y fundamentales; desechar todo lo que no conduzca a un lugar de lugares...

40- Hasta dónde se siente una humillación vital, existencial, sólo cada quien lo sabe. Otros no lo creerán ni lo verán ni notarán.

¿Acaso podremos volver allá, a ese lugar de lugares?... No importa; la insistencia, la caída, la lucha, los vislumbres, la montaña que nunca se termina, la fugaz sensación de haber sido algo, de haber sido nada... Y se recobran poco a poco las alas lastimadas...

41- Gracias a la vida he desarrollado desconfianza hacia todo. La vanidad de las cosas se presenta a mi espíritu con ojos quemados por el ceno y la inutilidad. Pero ahora la vanidad de las cosas casi abandona su propia vanidad, y los ojos se lavan con colirio en la mismidad de todo lo sentido, como si se rescataran sus colores originales y genuinos.

42- Hay voces buenas y voces malas dentro de uno; pero casi nunca las voces buenas clarean en el espíritu. En esos momentos únicos, especiales, el

buen ángel se despierta como un rostro nuevo entre nieblas opacadas desde siempre. Clarean los propósitos, los arrepentimientos, los sueños de bondad. Al momento siguiente, los linos luminosos se ensombrecen nuevamente y las voces malas renacen en el alma.

Sería hermoso que la aurora de las buenas alas se quedara por siempre con nosotros, no como un sueño ingenuo sino como parpadeo eterno entre las voces del saber angélico. En esos momentos únicos, especiales, la vida se vuelve frágil, liviana, y se adquieren certidumbres.

La guerra de los ángeles es nuestro profundo y cercano abismo. Quizás Boëhme y otros pocos lograron la corona, al lado de arcángeles, resplandores divinos.

43- El delirio divino es peligroso. Puede arrastrar a multitudes inocentes. Pero sólo la voz de esa certidumbre, que es mirar el fondo de la realidad, nos puede librar de los falsos profetas y santos sin conocimiento.

44- Emanuel Swedenborg cree haber visto los cielos y el infierno, pero un ángel de Papini le pregunta por su certidumbre. Swedenborg no puede superar su asombro; se queda como visionario frágil en medio de la duda...

45- A quienes creen en la reencarnación les está vedado ver la inocencia de la realidad. Las creencias son la ingenuidad del ojo que no se ha visto a sí mismo, consolaciones momentáneas para quienes no quieren pensar desnudamente.

¿Acaso no hay que desnudar totalmente la realidad? Como polvo en el espejo, las creencias ocultan la sustancia de las cosas; muchos fantasmas se alimentan de esas sombras.

Quienes quieran evadirse del mundo con tales extrañeces, tienen todas las respuestas a la mano para sus mundos en crisis. Y las crisis son terreno propicio para todo tipo de esperanzas utópicas; profetismos ingenuos, nebulosos maquillajes para la indagación de la verdad. Buscar la verdad es desmitificar la verdad.

46- La debilidad del ser humano radica, más que todo, en la imposibilidad de ver lo verdadero. Es necesario invocar todas las fuerzas interiores para, finalmente, obtener ínfimos resultados que después desaparecen abrumados, ahogados por el vacío inicial de las interrogaciones. ¿Hacia dónde vamos, pobres caminantes de la bruma?

47- Donde hay revelaciones, allí ha habido un esfuerzo rastreado desde la sangre. La naturaleza no trabaja en balde, las flores no nacen de la nada; hay que cuidarlas y arriesgarse entre las espinas. Aun las flores silvestres, que nadie ha cultivado, si no te tomas el trabajo de mirarlas, no existen para ti. Quizá un sueño venga a ti desde la nada, pero tú le has dado tu propia realidad, le has preparado un camino para el asombro.



Y las voces malas renacen en el alma

48- Primero existe la conciencia, el espíritu; después nombra a Dios.

49- Cuando por mucho tiempo Dios ha constituido una preocupación fundamental de uno; cuando Dios es del dominio público y privado, como si fuera el nombre paternal de donde surgen todas las soluciones de la convivencia y de la vida social e individual; cuando Dios es como la palabra mágica que reemplaza todo lo imposible, lo inexplicado e inexplicable; cuando nuestra verdadera sed de Dios termina por reconocer su límite infranqueable; cuando uno le imputa a Dios el haber creado un mundo con la posibilidad de la trampa del pecado; cuando las concepciones acerca de Dios son tan variables, contradictorias y engañosas; cuando Dios, el Ser Supremo, depende subjetivamente de las idiosincrasias, tiempos y culturas variables de la historia; cuando, en fin, uno se ha vuelto un buscador interiorizado, más allá de las rutinas cuestionables de los dogmas y “verdades reveladas”; cuando uno se siente impelido, más que nada, a encontrar, si es posible, un sentido sagrado a la existencia; cuando, en fin, uno ha decidido librarse para siempre de aquella inmensa sombra luminosa, entonces uno se siente atraído a escribir sobre Dios. Sin prejuicios ni remordimientos; sin pesar por la derrota y sin orgullo por el logro de la nada; sin creer que hay verdades absolutas, sin creer que se tiene la verdad... Simplemente desde la pura consecuencia de una búsqueda personal y libre, como un derecho que se tiene y tal vez como un error que se provoca; como un alto en el camino de los pensamientos necesarios, o un olvido que se deja tras los ecos de un interrogante presuntamente superado; como algo que se reclama desde uno mismo, solitariamente, desde el primer y último rincón de la conciencia...

Escribir sobre Dios es, así, un riesgo o una fatalidad que no conduce a nada cierto; es el punto donde culminan los propios equívocos en la incertidumbre. A menos que un afán obsesivo de Pascal nos doblegue fácilmente como a crédulos con sus argumentaciones en sus “Pensamientos”, o a menos que nos rindamos desprevenidamente a los dobleces de Descartes, para quien, en medio de su duda metódica, la existencia de Dios no constituye ningún paréntesis revisorio ni cuestionamiento alguno; conveniencias que hacían concesiones impropias a la fuerza heredada de la creencia y a la autoridad intocable de la teocracia eclesiástica.

50- En un tiempo como éste, recargado de positivismo y afán científico, se abjura de la idea de Dios; fácilmente, sin tropiezos ni desmanes serios. O no se ha reflexionado suficientemente, y ya aparecen las certezas o imposibilidades de la fe. No se ha profundizado en la vivencia, y ya doblegan las lágrimas devotas o las descreencias infundadas. La idea de lo divino se escinde en contradicciones que se combaten mutuamente. El facilismo de la fe o las argucias detractoras de la razón, llanas e ingenuas dependencias de una u otra cultura sin nervio vivencial, originan la frivolidad; juegos de palabras, dialécticas sin consistencia, habladurías que enredan silogismos y

fortuitas razones del sentimentalismo... un trasfondo sin la esencialidad vital de la vivencia... un leve asombro en la oscuridad de los durmientes...

Se hace necesario, entonces, poner entre ojos una exigencia tan inusual como inmensa, difícil exigencia ante las razones de la credulidad; un cuestionamiento que muy pocos, casi nadie, realiza ante su credo confesional. El dios de los “creyentes” es, así, un cero a la izquierda; una poquedad sin sustancia verdadera, una cobardía de no ir al fondo de las cosas. Es que las otras exigencias “importantes” de la vida, el logro de los valores positivos y objetivos de la existencia, adquieren todo su poder sobre nuestra más inmediata gimnasia existencial. El palabrerío vano y la retórica aparente sustituyen las búsquedas esenciales y medulares de la conciencia; y, así, mientras tanto, el reinado de la vulgaridad, los cimientos levantados sobre nada, la fuerza de la costumbre, las convenciones sociales y nuestra propio asombro ante la incertidumbre, seguirán alegando alegremente: “Dios existe”, “Dios no existe”. Alegato que, por otra parte, ya pertenece a la historia de las inutilidades bizantinas.

La bulla sobre Dios es tan delirante como sorda y deleznable.

51- Este Dios que me habita... Este Dios que eres tú... Este Infinito Extraño que se esconde de sí mismo... Este Algo que soy yo... Este Numen de los siglos, ha venido hasta mi puerta y me ha dejado abandonado... Ha abierto el misterio en mi risa congelada... ha jugado con la cólera y la indiferencia... me ha llamado a un amor indescifrado... me ha dejado suspenso en el abismo...

52- La idealización de Dios, su defensa como “espíritu más allá de todo”, la idea teológica de lo divino, son el sofisma nacido del desconocimiento, el eterno ídolo fabricado tras la oscuridad de todo lo real. Preferible el “Viviente”, del Antiguo Testamento; el “Yo soy el que Soy”, de Moisés: una realidad en acto, una existencia en presente; el Ser mismo de este universo mundo visible, tu propio Ser tras los cerrojos del tiempo y el espacio.

53- Aquella deidad celosa, aquel dedo acusador, vigilia insomne de todo lo moral, origen de un temor reverencial, de una angustia mortal que apocaba el corazón, aquel pánico tabú, impedía una verdadera sanidad del espíritu... Tentación de que no exista aquella infinita mezquindad acusadora...

54- Un mundo de locos, en donde casi todos se proclaman estandartes de la fe, sólo puede ser el equívoco más grande de los “hijos de Dios”. Un mundo así, diariamente enciende el holocausto del odio, maldiciendo el mensaje que los muy pocos, buenos hombres de Dios, dejaron como leyenda que nunca ha sido cierta.

55- La mayoría de los sectarios cristianos siempre creen tener indefectiblemente la razón: no aceptan ningún cuestionamiento. Eternamente niños, ingenuos por culpa de un dogma “irrebatible”, no aceptan que una revelación fundamental puede acaecer donde quiere el espíritu: contra todo lo creído cierto, inclusive; lejos de toda hojarasca inútil, esa que marchita dolorosamente el nombre de Dios.

56- Señor: ¿Has venido a nuestras almas? ¿Has curado la tristeza con tus llagas? ¿Has levantado tu cruz en el desierto de este mundo? Ved cómo esta infancia oscura, esta conciencia de tu mundo abandonado, repite sordamente tu nombre en la noche de tu muerte eterna... Ven, aquí hay un templo vacío, aquí perduran tus palabras muertas, aquí se oye un lamento senil en todo cuanto grita. Hiere un corazón, al menos, con tus nombres santos. La memoria de esta tierra es un templo poblado con tu ídolo sagrado, herido por labios y devociones falsas.

57- Dios, un nombre profanado en todos los rincones. Dios, una palabra que no debería ser tomada en vano. Dios, un convidado de piedra en una fiesta de ilusiones en donde la ebriedad generalizada es desconocimiento.

Los gestos del “creyente” espantan los terrores de un lobo estepario, su rareza de desadaptado, sus conflictos existenciales con el mundo circundante, su ahondamiento en la dimensión de la profundidad, el deseo de arrancar el secreto a esas latitudes del espíritu. La tan manoseada idea de Dios se ha vuelto la impropia pretensión de un gran conglomerado que se autodenomina “fieles del Señor”.

Y la deuda con lo inexplicado, con el misterio de un origen, con el absoluto vacío de sentido, exige que algo dé plenitud a la indigencia y pequeñez ante el destino. Y en tal caso, Dios es un invento del pensamiento humano, de la cultura; un algo que el hombre crea desde la idealidad; una postergación inalcanzable de lo idealizado. La divinidad se vuelve entonces el truco para la esperanza futura, para el “más allá”, para el después de la muerte. Trascendencia de todo lo humano y posible, la anulación del presente como realidad fundamental.

58- La muerte abre en nosotros el sentido real de la vida: nos sitúa frente al enigma, al mismo tiempo que nos atestigua el valor de lo concreto, de lo real; nos empuja a buscar nuestro sentido. Nos sustrae el ser querido, nos roba un conjunto de episodios a los que nuestros desvelos y cuidados se aferraban afirmativamente; y también nos deja con la esperanza de luchar, aceptando el designio de la realidad.

Es por la muerte, que habla con nosotros de manera triste, trágica, como cobramos entonces, por reflejo y antítesis, conciencia del valor de la vida, mas no de la muerte misma, ciertamente. En la vida los momentos se suceden, se reemplazan, enlazan su cadena interminable de vivencias; y en esto, en lo

interminable, no es donde encontramos la significación de la muerte; porque justamente es la terminación, lo que nos da el sentido de la muerte: el fin de la conciencia de ser, en esta realidad de tres dimensiones y cuatro paredes que constituyen los mundos.

Así, la muerte es la única certeza, la única verdad segura que adviene a lo largo de la pregunta existencial; única sombra, no obstante, que deja su rastro sin respuestas más allá. Vienen entonces las creencias, las doctrinas, las consolaciones para la ecuación indescifrada: el “otro mundo”, un lugar paradi-síaco, un cielo hecho de glorias, la Ciudad de Dios, el ideal adonde irá a reposar el movimiento de nuestra anhelada eternidad. Nada en absoluto; sólo el marco cultural de cada cual, la intención de una fe, su nudo de creencias.

La crisis abre el llanto en el desierto... No hay agua en las cisternas de la noche. Sólo miedo, el indudable miedo a la muerte. Fantasma, angustia, tragedia; incapacidad de aceptarla plenamente. La muerte es un miedo desde que existe la vida, porque la vida se defiende contra la nada, contra el sinsentido, contra el no ser; y el miedo se revela como fondo de la angustia, del dolor seguro, tanto como de lo incierto y abscóndito reclamando su tributo. Y, lastimosamente, allí comienza lo imaginario.

59- ¿Necesitamos saber, o necesitamos creer? Para creer no hay que saber, y el que sabe no cree, porque ya no es necesaria la creencia; la relación se hace insostenible, sus formas se excluyen mutuamente.

Queremos ser eternos, como si tuviéramos alguna pizca de importancia para serlo. Vanidad del ego, juegos ciegos de la credulidad, flor que no ha nacido. Los espejos no miran al abismo, el vértigo castiga su impotencia.

¿Queremos librarnos hasta de la muerte, del miedo a morir, del hecho de no perdurar, o de perdurar, queremos aceptar alguna realidad? ¿Y acaso no deseamos el “descanso eterno”? Pues bien, ya sería suficiente con que la muerte nos libre, para siempre, de esta existencia temporal, única que nos ha sido dada como testimonio, Caja de Pandora abierta hacia el misterio.

La creencia impide el saber; y el saber, ante la perspectiva inobjetable de la muerte, es el silencio sellado de los labios y de los sepulcros. Ambos inmolan las certezas en el mármol.

Una flor nace impertérrita sobre la pradera reveladora de la nada: es la entrada al silencio absoluto y sin regreso.

60- Si tú eres la conciencia, mira dónde nace y dónde termina la conciencia.

Si tú eres el tiempo, mira dónde tienes origen en tu tiempo.

Si tú eres la existencia, mira de qué está hecha esta existencia.

Si tú eres el Ser, mira dónde está situado en este tiempo y más allá del tiempo.

Si tú eres algo más que este tiempo, mira dónde está la eternidad.

Si sales de ti mismo, entra en ti mismo nuevamente; amansa las puertas de acceso y de salida.

Si tú no te conoces, vanas imaginaciones ocupan el fondo de tu alma... el espíritu es el siervo vendado por los acontecimientos, las creencias ocupan el lugar del amo dormido. Nubes milenarias hay, que no sabemos que son nubes... y un tiempo ineluctable se infinita en las montañas. La nada multiforme se asoma en los sudarios del sueño, las paradojas entrecruzan sus lenguas confundidas, el ángel del conocimiento ha caído en la laguna...

Los abrigos nos calientan por los siglos, pero el frío de afuera congela los paisajes y los entes, y acaso ninguna estirpe de privilegios ayuda en la encrucijada. Puedes mirarte en el espejo, pero ni aun así sabrás quién eres...

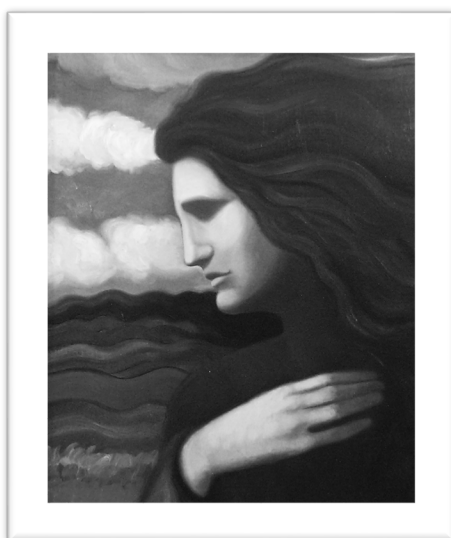
Espejismos disfrazarán el día y la noche, el sol y la luna secundarán tus utopías... y el bien y el mal pugnarán a la vuelta de la esquina.

Si tú crees que te conoces, no es la superficie lo que proponen estos balbuceos. La balanza no corrige las simulaciones; no es en los vestuarios donde anida el alma; los guiños de tu dios no despiertan de la amnesia, y la mirada del Numen no se arriesga en el fango ni en los arrabales...

Si tú no encuentras soluciones al enigma, no hables de la muerte y de la vida; aprende el silencio de la esfinge, regresa por donde has ido, encuentra en la esquina un vagabundo, síguelo hasta su gruta perdida, duerme en su costal a la deriva... Allí habrá un camino solitario, un espejo para el desterrado, una copa de un dios que no ha nacido.

Tal vez vengan las estrellas, las noches y los días, la inmensidad del cielo, el extraño nudo de la oscuridad... el sol y su flor en el desierto... Tal vez te acuerdes de un extraño y quieras recordar un nombre... Tal vez te quedes ciego y olvides las palabras.

La última noche de vigilia, la llaga que entreabre madrugadas, los recintos y los laberintos... Las gaviotas que no vuelven a su nido...

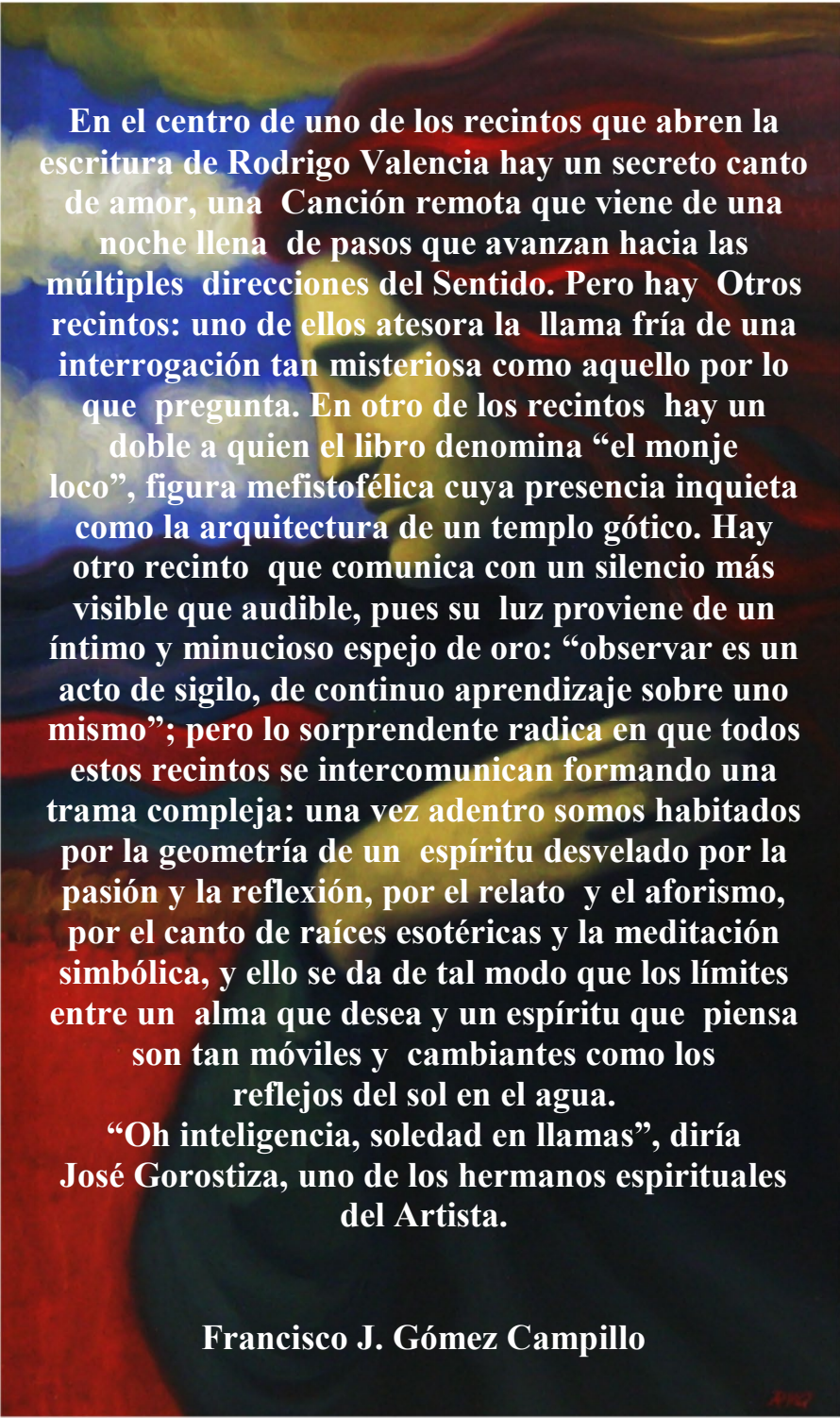


VI

EPÍLOGO

**“El hombre es dos hombres: uno está despierto en la oscuridad,
el otro está dormido en la luz.”**

GIBRAN



En el centro de uno de los recintos que abren la escritura de Rodrigo Valencia hay un secreto canto de amor, una Canción remota que viene de una noche llena de pasos que avanzan hacia las múltiples direcciones del Sentido. Pero hay Otros recintos: uno de ellos atesora la llama fría de una interrogación tan misteriosa como aquello por lo que pregunta. En otro de los recintos hay un doble a quien el libro denomina “el monje loco”, figura mefistofélica cuya presencia inquieta como la arquitectura de un templo gótico. Hay otro recinto que comunica con un silencio más visible que audible, pues su luz proviene de un íntimo y minucioso espejo de oro: “observar es un acto de sigilo, de continuo aprendizaje sobre uno mismo”; pero lo sorprendente radica en que todos estos recintos se intercomunican formando una trama compleja: una vez adentro somos habitados por la geometría de un espíritu desvelado por la pasión y la reflexión, por el relato y el aforismo, por el canto de raíces esotéricas y la meditación simbólica, y ello se da de tal modo que los límites entre un alma que desea y un espíritu que piensa son tan móviles y cambiantes como los reflejos del sol en el agua.

“Oh inteligencia, soledad en llamas”, diría José Gorostiza, uno de los hermanos espirituales del Artista.

Francisco J. Gómez Campillo